Todo pasa en Diogenia

by Maye Malfter

Category: Sherlock
Genre: Fantasy, Romance
Language: Spanish
Characters: DI Lestrade, John W., Mycroft H., Sherlock H.
Pairings: Sherlock H./John W.
Status: Completed
Published: 2016-04-08 21:45:51
Updated: 2016-04-18 08:13:53
Packaged: 2016-04-27 21:40:35
Rating: T
Chapters: 7
Words: 18,583
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: En el reino de Diogenia nunca ocurre nada interesante, y por eso el prÃ-ncipe Sherlock se pasa la vida aburrido a mÃ¡s no poder. O asÃ- fue antes de toparse con un sÃºbdito idÃ©ntico a Ã©l. [Johnlock AU] [Reto #3 Rally The Game is ON!]

1. HabÃ-a una vez

Este fanfic participa en el Rally "The game is on!" del foro I am sherlocked para el equipo "The Abominable Brides"

Rated: Teen and up audiences

GÃ©nero: Romance ; Humor ; Fantasy

Prompt: Cuentos con Plot Twist - "El prÃ-ncipe y el mendigo"

Beta-reader: lenayuri ; Mundo Crayzer

Advertencias**_:_** Universo Alternativo - Princelock. SLASH (relaciÃ³n hombre/hombre). Si no es lo tuyo, por favor, no leas ;)

Disclaimer: Los personajes del Canon Holmesiano pertenecen a Sir Arthur Conan Doyle. La versiÃ³n moderna pertenece a la BBC, Mark Gatiss y Steven Moffat. La historia a continuaciÃ³n es de mi autorÃ-a, tomo responsabilidad por ella y no gano mÃ¡s que paz mental por publicarla.

* * *

><p>The Abominable Brides: Â¡Una para todas, y todas para una!

* * *

><p>.<p>

Todo pasa en Diogenia

Maye Malfter

.

* * *

><p>.<p>

HabÃ-a una vez

HabÃ-a una vez un reino pequeÃ±o, prÃ³spero y pacÃ-fico, donde la gente era tranquila y los gobernantes se preocupaban por su pueblo. Su nombre era Diogenia.

La familia real, los Holmes, era bastante reservada. Gobernaban con sabidurÃ-a y justicia, y a pesar de que todo Diogenio conocÃ-a su nombre, ninguno de los sÃºbditos los habÃ-a visto en persona.

Organizaban bailes, ferias y toda clase de eventos para su gente; anunciaban nacimientos, alianzas, bodas, coronaciones y funerales; publicaban decretos y leyesâ€¦ pero jamÃ¡s se dejaban avistar. Algunas veces llegaban prÃ-ncipes y princesas de reinos lejanos a desposarse con miembros de la familia real, pero incluso asÃ-, el secretismo era parte primordial del arreglo, y al prÃ-ncipe o princesa en cuestiÃ³n tampoco se le llegaba a ver nunca fuera del castillo.

Durante muchas generaciones, los Holmes rigieron Diogenia desde el anonimato, y aÃºn en la actualidad, con el mundo plagado de tecnologÃ-a, medios de comunicaciÃ³n y realeza convertida en celebridad, los Holmes seguÃ-an ocultos detrÃ¡s de los altos muros del castillo, reinando con inteligencia y guiando al reino por el camino de la abundancia.

Cada Holmes conocÃ-a sus deberes y obligaciones, tanto con su pueblo como con las tradiciones que les mantenÃ-an alejados del mundo exterior, y a lo largo de los siglos, todos los miembros de la familia real aceptaron su destino sin quejarseâ€¦ hasta que naciÃ³ el pequeÃ±o William III.

Perspicaz, observador e inquieto, el hijo menor de la reina Margaret y el rey Joseph se revelÃ³ ante la tradiciÃ³n de no mostrarse en pÃºblico desde que supo juntar dos palabras para hacer una idea. Se escapaba de sus cuidadores cada vez que podÃ-a, hacÃ-a planes para salir del castillo y se quejaba con su madre cada cerrar de ojos porque el encierro le aburrÃ-a "hasta las pestaÃ±as". Su madre sÃ³lo sonreÃ-a, asegurÃ¡ndole que quedarse dentro de los muros era lo mejor para Ã©l y besÃ¡ndole la frente antes de atender sus mÃºltiples ocupaciones de reina.

Aparte del perenne encierro, otra cosa que al pequeÃ±o prÃ-ncipe no le gustaba era su nombre.

Su nombre completo era William Sherlock Scott Holmes, y a pesar de que todos insistÃ-an en llamarlo "William", Ã©l se empeÃ±aba en referirse a sÃ- mismo como "Sherlock" y en no atender si se lo llamaba por otro nombre. Debido a su determinaciÃ³n, para cuando el niÃ±o cumpliÃ³ los cinco aÃ±os el Ãºnico en el castillo que todavÃ-a se referÃ-a a Ã©l por su primer nombre era Mycroft, su detestable hermano mayor; Sherlock sospechaba que Mycroft lo hacÃ-a simplemente para molestarlo.

La infancia del prÃ-ncipe transcurriÃ³ entre aburrimientos y planes de escapada, hasta que un dÃ-a el rey y la reina sucumbieron a una terrible enfermedad que asolÃ³ la regiÃ³n. Fue un momento realmente triste para el principito, y en consecuencia, Mycroft subiÃ³ al trono como el nuevo rey de Diogenia.

A partir de ese dÃ-a, la vida de Sherlock cambiÃ³. Su hermano no era ni una milÃ©sima parte de lo cariÃ±osos que habÃ-an sido sus padres y al ser varios aÃ±os mayor que Ã©l, ni siquiera tenÃ-an cosas en comÃºn que pudieran compartir. De paso, Mycroft estaba tan abocado a ser un buen rey como sus padres antes de Ã©l que apenas salÃ-a de su despacho, siempre planeando, siempre calculando; siempre trabajando.

De modo que Sherlock creciÃ³ solo dentro del gran castillo, recorriÃ©ndolo de cabo a rabo y conociendo sus secretos mejor que cualquieraâ€¦ pero sin nadie con quien compartirlos.

Fue durante una de sus solitarias expediciones que Sherlock encontrÃ³ los pasadizos subterrÃ¡neos: tÃºneles circulares, oscuros e interminables, accesibles desde una de las tantas habitaciones del castillo. No tenÃ-a ni idea de cuÃ¡l de sus antepasados los habÃ-a mandado a hacer, pero estaba casi seguro de que Ã©l era el Ãºnico Holmes con vida que sabÃ-a de su existencia.

Una corazonada y la direcciÃ³n que parecÃ-an tomar los serpenteantes pasajes le hacÃ-an pensar a Sherlock que alguno de ellos debÃ-a llevarle al mundo exterior, pero aÃºn con su antiguo deseo de libertad despertando dentro de su pecho, el miedo de salir por fin de su encierro le mantuvo sin hacer nada al respecto hasta que cumpliÃ³ la mayorÃ-a de edad.

Ese dÃ-a, luego de una tediosa cena de cumpleaÃ±os y de darle miles de vueltas al asunto, Sherlock se armÃ³ de valor y decidiÃ³ hacer por fin lo que tenÃ-a toda su vida queriendo hacer. VistiÃ³ las ropas mÃ¡s sencillas de su armario, enfundÃ¡ndose dentro de un abrigo negro sin nada de particular y cubriendo su cabeza con una capucha que ocultara su verdadera identidad. No que alguien afuera de los muros fuese a reconocerle, pero nunca estaba de mÃ¡s tomar previsiones.

Esquivar a los guardias fue un juego de niÃ±os, y en menos de nada se encontrÃ³ dentro del pasadizo mÃ¡s largo, antorcha en mano y con el corazÃ³n desbocado de la pura emociÃ³n.

ResultÃ³ que el tÃºnel llegaba hasta el centro de Baker City, la ciudad capital de Diogenia y desde donde se podÃ-a ver el castillo perfectamente. Sherlock tuvo la suerte de que la salida del pasadizo estaba en cierto callejÃ³n sin nada de particular, resguardada de miradas curiosas, como si quien fuera que hubiese construido la ciudad hubiera tenido tambiÃ©n la delicadeza de planear ese

detalle.

AsÃ- que Sherlock saliÃ³ por fin al exterior, que en ese momento hervÃ-a de vida y jolgorio por las ferias en celebraciÃ³n de su cumpleaÃ±os. El centro de Baker City era todo lo que se habÃ-a imaginado y mucho mÃ¡s, una verdadera ciudad moderna pero con un toque de nostÃ¡lgia y antigÃ¼edad que perduraba en el tiempo. Luces y adornos decoraban los faroles, puestos ambulantes de comida, juegos y demÃ¡s entretenimientos ocupaban parte de las aceras, y las calles adoquinadas estaban repletas de gente de todas las formas, colores y tamaÃ±os.

Sherlock no era un tonto ni un ignorante; sabÃ-a perfectamente la gran diversidad de personas en el mundo, pero estar encerrado durante toda su vida habÃ-a hecho mella en su formaciÃ³n, provocando que todas y cada una de las cosas que veÃ-a y percibÃ-a se sintieran como lo mÃ¡s emocionante.

No supo cuÃ¡nto tiempo deambulÃ³ por la ciudad, pero cuando el alba comenzÃ³ a despuntar por el este, Sherlock supo que era tiempo de regresar al castillo. El viaje de regreso se sintiÃ³ mucho mÃ¡s corto que el de ida, y cuando por fin pudo recostarse en su cama adoselada, Sherlock se quedÃ³ dormido al instante.

Nunca nadie se enterÃ³ de su pequeÃ±a hazaÃ±a, asÃ- que en su prÃ³ximo cumpleaÃ±os, Sherlock se aventurÃ³ de nuevo a Baker City, paseando por todo el lugar hasta que el sol anunciaba que tenÃ-a que regresar a la realidad. ConvirtiÃ³ sus excursiones fuera del castillo en una especie de tradiciÃ³n anual, llegando incluso a fingirse indispuesto durante la cena para asÃ- poder marcharse mÃ¡s rÃ¡pido a la feria.

Ese aÃ±o en particular serÃ-a la dÃ©cima aventura de Sherlock, el aÃ±o de su vigÃ©simo octavo cumpleaÃ±os, el aÃ±o en el que todo iba a cambiar.

Faltaban exactamente cuatro semanas para su cumpleaÃ±os, y como cada aÃ±o, Sherlock esperaba impaciente el momento en el que pudiera dejar atrÃ¡s las altas murallas para pasar a ser uno mÃ¡s entre la multitud. En eso pensaba, sentado en posiciÃ³n de loto sobre su cama, cuando el sonido de alguien llamando a su puerta lo sacÃ³ de su ensoÃ±aciÃ³n. IndicÃ³ que estaba abierto y al ver de quiÃ©n se trataba deseÃ³ haber preguntado primero.

â€”William â€”saludÃ³ Mycroft al entrar en la habitaciÃ³n.

â€”Te he dicho que no me llames asÃ- â€”replicÃ³ Sherlock, sin devolver el saludoâ€”. No me gusta.

â€”Es tu nombre â€”dijo Mycroft simplementeâ€”. Es el nombre que te dio mami en honor a su abuelo. DeberÃ-as sentirte honrado.

â€”Â¿QuÃ© rayos quieres, Mycroft? â€”espetÃ³ Sherlock, cansado de los rodeos de su hermanoâ€”. No te veo la cara desde hace dos navidades â€”mintiÃ³â€”. Que estÃ©s en mi habitaciÃ³n debe significar que el cielo se estÃ¡ cayendo.

Mycroft compuso una sonrisilla falsa, acercÃ¡ndose a la cama de Sherlock para sentarse al borde del colchÃ³n.

â€”Siempre tanâ€¦ hilarante â€”comentÃ³.

â€”Y eso que todavÃ-a no has visto mis trucos de magia â€”seÃ±alÃ³ Sherlock, perdiendo la pacienciaâ€”. Â¿Me dirÃ¡s quÃ© planes estÃ¡s urdiendo o sÃ³lo viniste a probar la densidad de mi colchÃ³n? â€”inquiriÃ³.

â€”Necesito que te cases con Irene Adler â€”soltÃ³ Mycroft sin mÃ¡s. Y Sherlock hubiera podido pensar que era una bromaâ€¦ de no ser por la certeza de que su hermano no poseÃ-a sentido del humor.

â€”Â¿Que quieres quÃ©? â€”preguntÃ³, en un tono que claramente expresaba lo disparatado de la idea.

â€”Es por el bien de la naciÃ³n â€”se apresurÃ³ a decir Mycroftâ€”. AdemÃ¡s de que ya estÃ¡s en edad para sentar cabeza; el trono siempre necesita herederos.

Sherlock no podÃ-a creer lo que escuchaba. Â¿Mycroft querÃ-a obligarlo a casarse para llenar de niÃ±os el castillo? Â¡Pero si a Ã©l ni siquiera le gustaban las mujeres! No que su hermano supiera esa parte del cuento, pero de igual manera, Â¿en quÃ© cabeza cabÃ-a tal ridiculez?

â€”Â¿Por quÃ© no te casas tÃº? â€”preguntÃ³ a su hermano, enfatizando la Ãºltima palabra. Si Mycroft querÃ-a herederos al trono de Diogenia, bien podÃ-a procrearlos por sÃ- mismo.

â€”Porque todavÃ-a no he encontrado a alguien que cumpla con mis expectativas â€”respondiÃ³ Mycroft con frialdad. A Sherlock se le revolviÃ³ el estÃ³mago por la indignaciÃ³n.

â€”TÃº sÃ- puedes esperar, Â¿pero yo tengo que casarme con la tonta princesa Irene?

â€”La princesa Irene es sÃ©ptima en la lÃ-nea de sucesiÃ³n al trono de su reino, si se casa contigo pasarÃ¡ a ser primera en nuestra lÃ-nea; eso tiene a sus padres muy ilusionadosâ€¦ y dispuestos a unificar reinos. Una uniÃ³n entre Belgravia y Diogenia serÃ-a bastante beneficiosa para nuestro pueblo.

â€”Â¡Entonces cÃ¡sate tÃº con ella! â€”exclamÃ³ Sherlock, alzando las manosâ€”. AsÃ- la harÃ¡s reina y todos contentos.

â€”Irene te quiere a ti, William â€”explicÃ³ Mycroftâ€”. No le interesa ser reina. Le interesa ser tu esposa.

â€”Â¡Pero si no me conoce de nada! â€”protestÃ³ Sherlock, cada vez mÃ¡s frustradoâ€”. JamÃ¡s me ha visto en persona y dejÃ© de responder sus cartas hace aÃ±os.

â€”Tal parece que algo de ti le gustÃ³, asÃ- que serÃ-a mejor que comenzaras a responderle de nuevo.

Mycroft se levantÃ³ de la cama, alisando su traje de tres piezas y mirando a Sherlock con solemnidad.

â€”Nuestro reino cuenta contigo â€”indicÃ³â€”. SÃ© que ahora no lo entiendes, pero confÃ-o en que harÃ¡s lo que es mejor para todos.

â€”Esto es injusto â€”dijo Sherlock en voz baja pero perfectamente audible. Mycroft le dedicÃ³ una sonrisa nostÃ¡lgica, que se desvaneciÃ³ tan rÃ¡pido como apareciÃ³.

â€”AsÃ- es la vida de un prÃ-ncipe, querido hermano â€”declarÃ³, dejando la habitaciÃ³n.

Sherlock se quedÃ³ mirando al vaciÃ³ por bastante rato despuÃ©s de que su hermano dejara la habitaciÃ³n. Pensaba en lo injusto que era tener que cumplir un deber que ni siquiera habÃ-a pedido para empezar, sÃ³lo por haber nacido detrÃ¡s de los muros del tonto castillo de los Holmes. Su vida era suya y nadie le pidiÃ³ opiniÃ³n de si querÃ-a ser un prÃ-ncipe o ser un simple plebeyo, asÃ- como Mycroft no le habÃ-a preguntado antes de concertar un matrimonio con la mÃ¡s odiosa e insoportable de las princesas.

Por primera vez en mucho tiempo, se sintiÃ³ encerrado. Necesitaba salir de allÃ-, pensar en un plan para zafarse del designio de su hermano o al menos pensar en la manera de hacerlo menos espantoso. VistiÃ³ su ropa de calle, tomÃ³ su abrigo con capucha y por primera vez en su vida se aventurÃ³ fuera del castillo a plena luz del dÃ-a. Ni siquiera se preocupÃ³ por ser cauteloso; a decir verdad, despuÃ©s de saber que estaba condenado a formar "una familia" con alguien a quien ni siquiera tragaba, ya nada importaba realmente.

Necesitaba pensar, caminar, escaparâ€¦ Necesitaba _aire_.

Hizo el camino desde el castillo a la ciudad sin percatarse de por dÃ³nde caminaba. SabÃ-a que todos los tÃºneles conducÃ-an a Baker City, pero siempre utilizaba el central por ser el que daba al callejÃ³n escondido. Sin embargo, y en su afÃ¡n por alejarse lo mÃ¡s posible, optÃ³ por tomar una ruta mÃ¡s larga que parecÃ-a llevarle en direcciÃ³n sur.

CaminÃ³ y caminÃ³ con el eco de sus pasos como Ãºnica compaÃ±Ã-a, saliendo a la superficie en otro callejÃ³n convenientemente situado para ocultar la entrada del tÃºnel. A juzgar por su ubicaciÃ³n con respecto al castillo estaba de hecho en la parte sur de la ciudad; desconocida para Ã©l en todo sentido, lo que en ese momento le importaba menos de medio pepino.

Las calles estaban adoquinadas y medianamente abarrotadas, pero habÃ-a algo diferente entre esa parte de Baker City y el centro al que Ã©l estaba acostumbrado. QuizÃ¡s era la falta de tiendas y locales, reemplazados por mÃºltiples condominios. Era una zona menos comercial, mÃ¡s mundana, mÃ¡s tranquila, una en la que a Sherlock honestamente no le importarÃ-a quedarse viviendo si se le presentara la oportunidad. No tenÃ-a nada en contra del bullicio, pero vivir encerrado por casi tres dÃ©cadas le habÃ-a dejado secuelas.

DeambulÃ³ con la cabeza gacha durante un buen rato, oculto tras la capucha y tratando de idear un plan que le ayudara con su predicamento. Sin querer, tropezÃ³ con alguien que venÃ-a caminando en la direcciÃ³n contraria y al alzar el rostro para disculparse, se quedÃ³ totalmente petrificado.

El extraÃ±o frente a Ã©l era, en muchos aspectos, una copia fiel a su persona. Los mismos rasgos afilados, la misma piel pÃ¡lida y hasta el

mismo verdiazul de sus ojos. Por supuesto, habÃ-a cosas diferentes cÃ³mo la ropa que llevaba y el largo de su cabello â€”mucho mÃ¡s corto y menos rizadoâ€”. Pero, obviando esas nimiedades, era casi como estarse viendo en un espejo.

El desconocido portaba la misma expresiÃ³n de asombro que Sherlock debÃ-a de cargar, obviamente consciente de lo raro de toda la situaciÃ³n. Con un fogonazo, una idea descabellada cruzÃ³ la mente de Sherlock; descabellada pero brillante, Â¡algo tan inverosÃ-mil que quizÃ¡s hasta podrÃ-a funcionar!

â€”Â¿Te conozco? â€”preguntÃ³ su doble, ladeando la cabeza. Incluso su tono de voz era parecido al de Sherlock.

â€”No â€”respondiÃ³ Sherlock simplementeâ€”. Pero tÃº y yo tenemos mucho que conversar.

.

* * *

><p>Notas finales:

Mi intento de cuento, porque no hubo manera de que se me ocurriese algo que comenzara diferente de "HabÃ-a una vez". Muchas gracias a mi hermosa **lenayuri** por betear este desvarÃ-o. Hay mÃ¡s capÃ-tulos que esperar asÃ- que Â¡alerta permanente! Besos.

Maye~

2. Y dos

Beta-reader: Mundo Crayzer (Thank you, my dear)

* * *

><p>.<p>

Todo pasa en Diogenia

Maye Malfter

.

* * *

><p>.<p>

Y dos

Su nombre era Ben. Diogenio de nacimiento, sin familia ni amigos cercanos, y tan fÃ-sicamente parecido a Sherlock que daba miedo de sÃ³lo mirarlo.

Su mera existencia planteaba preguntas que Sherlock no estaba seguro de querer responder, como si Ben y Ã©l estarÃ-an emparentados de alguna forma o si Ben serÃ-a en realidad su gemelo perdido.

Gemelo o no gemelo, toparse con Ben en aquella calle fue como una

respuesta a sus plegarias, pues siendo una copia exacta de Ã©l y sin nadie cercano que lo extraÃ±ase, su doble era el sujeto ideal para librarle del embrollo en el que Mycroft le habÃ-a metido.

â€”Â¿EstÃ¡s de coÃ±a, no? â€”Fue lo primero que Ben preguntÃ³ luego de escuchar atentamente a Sherlock decir que Ã©l era el prÃ-ncipe de Diogenia y que deseaba intercambiar su vida por la de Ã©lâ€”. Â¿De quÃ© psiquiÃ¡trico te escapaste?

Para convencerle de que hablaba en serio â€”y tras asegurarle que no guardaba ningÃºn arma bajo la ropa ni era alguna clase de asesino serialâ€”, Sherlock tuvo que llevar a Ben al castillo a travÃ©s del pasadizo. Era algo realmente irresponsable de hacer, pero a la vez, era su Ãºnica esperanza de llevar a cabo el descabellado plan que se le habÃ-a ocurrido.

TomÃ³ todas las precauciones necesarias para no ser visto con Ben dentro del castillo y le condujo a su habitaciÃ³n, mostrÃ¡ndole sus fotos de bebÃ© junto a sus padres y a Mycroft, sus joyas reales y la tonta capa de prÃ-ncipe que se suponÃ-a que usara para las fechas especiales pero que se negaba a ponerse desde que tenÃ-a consciencia.

Ben lo miraba todo con los ojos como platos, evidentemente alucinado por el mero hecho de estar dentro del castillo al que ningÃºn diogenio habÃ-a entrado antes. Sherlock se dedicÃ³ a observar su expresiÃ³n: no era una de avaricia, ni siquiera una de envidia, era pura y simple estupefacciÃ³n.

â€”Yâ€¦ â€”dijo Ben al cabo de un momentoâ€”. Â¿Dices que quieres cambiar lugares conmigo? Â¿EstÃ¡s loco? Â¡Eres un prÃ-ncipe! Vives con lujos y sin preocupaciones. Puedes hacer lo que quieras. Â¿Por quÃ© convertirte en plebeyo?

Sherlock sonriÃ³ con ironÃ-a.

â€”Ser un prÃ-ncipe no es simplemente usar pesadas joyas que pertenecieron a un muerto ni que te sirvan la comida a la cama â€”explicÃ³â€”. Hay obligaciones que debes cumplir, deberes que estÃ¡n por encima de tus propias necesidadesâ€¦ Y estÃ¡ el hecho de que no puedo salir nunca de este castillo.

â€”Â¡Pero si es enorme! â€”replicÃ³ Ben, acercÃ¡ndose a la ventana, desde dÃ³nde se veÃ-an los jardines y el pequeÃ±o bosque que algÃºn Holmes se habÃ-a empeÃ±ado en tener dentro de las murallasâ€”. Â¿Para quÃ© querrÃ-as salir si lo tienes todo aquÃ- dentro?

â€”CrÃ©eme que despuÃ©s de un tiempo se siente bastante pequeÃ±o.

Ben se encogiÃ³ de hombros y Sherlock aprovechÃ³ para rebuscar entre sus papeles algo que nunca pensÃ³ que le servirÃ-a. Se lo entregÃ³ a Ben y su expresiÃ³n cambiÃ³ de asombro a interÃ©s.

â€”Â¿Y Ã©sta belleza morena quiÃ©n es? â€”preguntÃ³, mirando la foto de Irene como si fuese lo mÃ¡s hermoso que veÃ-a en su vida. Sherlock contuvo una mueca de desagrado.

â€”Esa â€”comenzÃ³â€” es mi futura esposa, la princesa Irene Adler.

Veo que te gusta.

â€”Â¿A ti no? â€”preguntÃ³ Ben, mirÃ¡ndole con desconcierto.

â€”No es mi tipo â€”dijo Sherlock simplementeâ€”. Aparte, yo no la escogÃ-. Mi hermano me la impuso para formar una alianza entre su reino y el nuestro. Muy democrÃ¡tico, Â¿verdad?

â€”Oh â€”profiriÃ³ Ben, con un atisbo de comprensiÃ³n en sus ojos verdiazules. Era extraÃ±o ver a ese hombre, tan parecido a Ã©l pero a la vez tan diferenteâ€”. Â¿Es por eso que quieres huir? â€”Quiso saber. Sherlock sonriÃ³ de lado.

â€”Esa es una de las razones â€”aceptÃ³â€”. Pero no es la Ãºnica.

â€”Entiendo â€”dijo Ben, regresÃ¡ndole la fotografÃ-a a Sherlock, pero este se negÃ³ a tomarla.

â€”ConsÃ©rvala â€”indicÃ³â€”. Te gusta mÃ¡s que a mÃ-.

Ben asintiÃ³, guardÃ¡ndola en el bolsillo de su pantalÃ³n. Se alejÃ³ de la ventana y mirÃ³ a Sherlock con gesto serio.

â€”Entoncesâ€¦ Â¿estÃ¡s seguro de querer dejar todo esto? â€”preguntÃ³â€”. Ser un ciudadano de a pie no es fÃ¡cil. Tienes que trabajar y tomar decisiones por tu cuenta y nada en tu futuro estÃ¡ asegurado. Es una ruleta rusa en la que sientes incertidumbre todos los dÃ-as de tu vida. Â¿Crees estar listo para eso?

â€”Lo estoy â€”asegurÃ³ Sherlock, sorprendido por la preocupaciÃ³n que Ben mostraba hacia Ã©l. PensÃ³ que al ofrecerle villas y castillas aceptarÃ-a sin pensarlo; su doble definitivamente era una caja de sorpresas.

â€”EstÃ¡ bien â€”dijo Ben tras un segundoâ€”. Â¿CuÃ¡l es tu plan?

Y asÃ- comenzÃ³ todo.

El plan de Sherlock era bastante simple en teorÃ-a, pero complicado en la prÃ¡ctica: entrenar a Ben para convertirse en una copia creÃ-ble de Sherlock, tanto en su comportamiento como en su personalidad, y cambiar de lugar con Ã©l despuÃ©s de su cena de cumpleaÃ±os.

Estaba consciente de que Mycroft serÃ-a capaz de detectar un cambio drÃ¡stico en su personalidad, pero si sÃ³lo eran detalles â€”cÃ³mo los que seguramente quedarÃ-an luego de entrenar a Ben para ser como Ã©lâ€” cabÃ-a la posibilidad de que su hermano creyera que Sherlock simplemente se habÃ-a resignado a vivir su vida como prÃ-ncipe de Diogenia.

Durante las siguientes cuatro semanas, Sherlock se escapÃ³ cada noche para ver a Ben en su departamento del sur de Baker City. Le ordenÃ³ dejarse crecer el cabello y dejar de aplicarse el producto que lo mantenÃ-a sin rizos, tambiÃ©n lo hizo comer diferente para que adquiriera un cuerpo mÃ¡s delgado pero bien alimentado.

Lo entrenÃ³ en modales en la mesa, historia Holmes y cada uno de los deberes que cumplÃ-a Sherlock como prÃ-ncipe; fechas importantes para

recordar, cÃ³mo comportarse frente a Mycroft y frente a sus sirvientes, y sobre todo a cuidarse de lo metiche que Lestrade â€”el hombre de confianza de Mycroftâ€” podÃ-a llegar a ser.

Entre tanto, Ben enseÃ±Ã³ a Sherlock todo lo que debÃ-a saber de la vida mundana: cÃ³mo comportarse, dÃ³nde abastecerse de lo necesario para vivir una vida tranquila y otras cosas de interÃ©s. Ben era mesonero en un cafÃ© del centro, y aunque no era un lugar lujoso, su sueldo era lo suficientemente bueno como para pagar la renta, comprar comida y permitirse ciertos lujos no demasiado costosos.

Ben le dejarÃ-a su departamento, su trabajo y gran parte de su ropa, mientras que Sherlock tomarÃ-a algunos de sus regalos de cumpleaÃ±os sin ningÃºn valor sentimental y los venderÃ-a para tener un colchÃ³n monetario que le ayudase durante cualquier eventualidad. SerÃ-a un intercambio completo, de prÃ-ncipe a plebeyo; de prisionero a ciudadano comÃºn. Y Sherlock apenas podÃ-a contener la emociÃ³n.

Las semanas pasaron en un parpadeo y antes de darse cuenta, el cumpleaÃ±os de Sherlock llegÃ³.

La maÃ±ana de su vigÃ©simo octavo cumpleaÃ±os, Sherlock se asegurÃ³ de tener listo todo cuanto pensaba llevarse: la ropa menos opulenta que tenÃ-a, algunos trajes a la medida y camisas de seda que a Ben no le quedaban; ropa de cama de algodÃ³n egipcio, las piezas favoritas de su Ã-ndice de calcetines y toda su ropa interior â€”porque ni Ben ni Ã©l soportaban la idea de usar los calzoncillos del otroâ€”. Por Ãºltimo, Sherlock tomÃ³ la bolsita en la que habÃ-a metido los tontos objetos que pretendÃ-a vender, la embutiÃ³ en un bolsillo de su bolso junto con una foto de sus padres, su hermano y Ã©l, y lo ocultÃ³ debajo de la cama.

Se pasÃ³ el dÃ-a dando vueltas en su habitaciÃ³n, repasando cada rincÃ³n por si algo se le olvidaba y revisando los papeles de identificaciÃ³n que dejaba para Ben, comprobando que estuvieran en orden. Siempre podÃ-a regresar para buscar alguna otra cosa, pero preferÃ-a dejar todo arreglado para poder marcharse sin mirar atrÃ¡s ni una sola vez.

Poco antes del crepÃºsculo comenzÃ³ a arreglarse para su cena de cumpleaÃ±os. VistiÃ³ sus ropas de gala siendo consciente de cada una de las prendas sobre su piel; si todo salÃ-a bien, esa serÃ-a la Ãºltima vez que usara ese tipo de vestimenta. Cierta nostalgia le encogiÃ³ el estÃ³mago al colocarse su corona sobre los rizos perfectamente armados y se mirÃ³ al espejo como jamÃ¡s lo habÃ-a hecho; cÃ³mo la persona que nunca quiso ser y que ya no tendrÃ-a que ser otra vez.

A la hora acostumbrada, Sherlock recorriÃ³ el pasillo que lo separaba de las grandes escaleras centrales. Las bajÃ³ con parsimonia, rozando las puntas de los dedos con el mÃ¡rmol rosado. LlegÃ³ al comedor, donde un gran banquete estaba preparado para Ã©l aun cuando Sherlock no era de comer demasiado; siempre habÃ-a pensado que mÃ¡s que para Ã©l, Mycroft mandaba a preparar todos aquellos platillos para sÃ-mismo. De todas maneras, le tranquilizaba saber que lo que sobraba se lo repartÃ-an entre la servidumbre, que eran los que de verdad se esforzaban por mantener el castillo impecable.

Esa noche, como cada cumpleaÃ±os desde que se convirtiÃ³ en la mano derecha del rey, Lestrade les acompaÃ±aba a cenar. Su compaÃ±Ã-a no

era desagradable, pero debido a lo largo de la mesa y a que Mycroft y Sherlock siempre se sentaban en esquinas contrarias, era poco lo que podÃ-an interactuar entre sÃ-.

La cena fue tranquila. La misma conversaciÃ³n trivial de todos los aÃ±os, el mismo aburrimiento mortal que le hacÃ-a querer rebanarse la yugular con el cuchillo de la mantequilla.

Mycroft no tocÃ³ para nada el tema de la boda arreglada, pero Sherlock lo conocÃ-a demasiado como para creer que habÃ-a desistido. Era simple psicologÃ-a inversa, hacerle creer que el asunto no pasarÃ-a de allÃ- a menos que Sherlock asÃ- lo quisiera. Sin embargo, Sherlock estaba dispuesto a darle lo que querÃ-a, pues Ben habÃ-a aceptado casarse con la "belleza morena" aprovechando que la mujer jamÃ¡s le habÃ-a conocido mÃ¡s que por sus escasas cartas.

AsÃ- que antes de cortar el pastel, Sherlock le anunciÃ³ a Mycroft â€”componiendo su mejor cara de "hago esto porque sÃ© que no tengo alternativa"â€” que aceptaba casarse con Irene Adler y formar una familia con ella. Su hermano mayor estaba que no cabÃ-a en sÃ- mismo de la felicidad; alzÃ³ su copa para brindar y le asegurÃ³ a Sherlock que no se arrepentirÃ-a de tomar esa decisiÃ³n. Lestrade, por otro lado, no parecÃ-a demasiado feliz por la noticia, aunque tambiÃ©n podÃ-a ser que estaba aburrido y querÃ-a retirarse.

Un pedazo de pastel mÃ¡s tarde, Mycroft dio el banquete por terminado. Sherlock se retirÃ³ a su habitaciÃ³n haciendo una pequeÃ±a reverencia e intentando por todos los medios que su nerviosismo no se notara. CaminÃ³ lo mÃ¡s naturalmente que pudo hasta que por fin estuvo fuera de la vista de su hermano, echando a correr escaleras arriba y recorriendo el pasillo que llevaba a su habitaciÃ³n en un par de zancadas.

Se quitÃ³ la corona y la ropa de gala, y se echÃ³ al piso en busca de su bolso. Lo puso sobre la cama y vistiÃ³ las ropas que tenÃ-a dispuestas para esa noche: un traje negro de corte sencillo, una camisa de seda pÃºrpura y zapatos a juego. RepasÃ³ de nuevo cada rincÃ³n de su habitaciÃ³n y comprobÃ³ en su reloj de pulsera que ya eran las ocho menos cuarto. Hora de partir.

Se enfundÃ³ dentro de su abrigo belstaff favorito, envolviendo su cuello en la bufanda de seda azul que tambiÃ©n resultaba ser su favorita. Se echÃ³ el bolso al hombro y dio una Ãºltima mirada a su habitaciÃ³n, tomando un profundo respiro antes de salir al pasillo.

Le alegrÃ³ comprobar que no habÃ-a moros en la costa, por lo que llegÃ³ a la entrada del tÃºnel sin contratiempos. Ben ya le estaba esperando, con su propio bolso al hombro y luciendo tan nervioso como Ã©l se sentÃ-a.

Para ese momento, Ben era una copia casi exacta de Sherlock, tanto en el corte de cabello como en su complexiÃ³n, y cuando ponÃ-a empeÃ±o era perfectamente capaz de imitar su manera de hablar y de moverse. Con un poco de suerte, no le costarÃ-a demasiado acostumbrarse a fingir cada dÃ-a. Con mucha suerte, Mycroft estarÃ-a tan ocupado con los detalles de la boda que apenas se dignarÃ-a a honrarle con su presencia. Con muchÃ-sima suerte, el plan que llevaban urdiendo por un mes entero serÃ-a completamente exitoso.

Ben le sonriÃ³ nada mÃ¡s verle, y Sherlock hizo su mejor esfuerzo para devolverle la sonrisa.

â€”Â¿Trajiste todo lo que necesitas? â€”preguntÃ³ Sherlock, como si no hubieran repasado el plan cerca de un millÃ³n de veces en el pasado.

â€”Sip â€”asintiÃ³ Benâ€”. Todo estÃ¡ en mi bolso.

â€”Â¿Sabes cÃ³mo llegar a miâ€¦ _tÃº_ habitaciÃ³n? â€”corrigiÃ³ Sherlock, sintiendo un tirÃ³n en el estÃ³mago.

â€”Me sÃ© cada rincÃ³n del castillo y sus terrenos. TambiÃ©n me sÃ© todos los pasadizos â€”afirmÃ³ Benâ€”. TÃº me enseÃ±aste.

â€”Â¿Recuerdas los nombres de la servidumbre? Â¿Sus rostros? Â¿Sus apodos? Â¿Sus detalles?

â€”Al pie de la letra.

â€”Â¿Y mi hermano?

â€”Es un idiota pomposo con la cabeza llena de aire y el estÃ³mago lleno de postres.

â€”Â¿Y quÃ© hay deâ€¦?

â€”Sherlockâ€¦ â€”Ben le tomÃ³ por los hombros, obligÃ¡ndole a callar y a mirarle a los ojosâ€”. Todo saldrÃ¡ bien. SÃ© todo lo que hay que saber, estoy listo y tÃº tambiÃ©n. Â¿Lo hacemos? â€”Sherlock parpadeÃ³ un par de veces, buscando las palabras, pero no salÃ-an. AsintiÃ³â€”. Bien â€”dijo Ben, soltÃ¡ndole por fin. Se sacÃ³ del bolsillo un juego de llaves y se lo tendiÃ³ a Sherlockâ€”. Oficialmente eres el dueÃ±o de un triste y mundano departamento al sur de Baker City. El cuarto escalÃ³n rechina al pisarlo y la casera es un tanto fastidiosa. Â¡Felicidades!

Y asÃ- como asÃ-, Ben lo abrazÃ³. Sherlock no supo que hacer asÃ- que se quedÃ³ apretado dentro del abrazo. DespuÃ©s de un par de incÃ³modos segundos, Ben le soltÃ³.

â€”Gracias â€”dijo Sherlock hacia Ben. QuerÃ-a decir algo mÃ¡s, lo que fuera, pero las palabras seguÃ-an fallÃ¡ndole.

â€”A ti â€”respondiÃ³ Ben simplemente, volviendo a sonreÃ-rle antes de subir las escaleras que lo llevaban al castillo.

.

3. Y tres

Beta-reader: lenayuri (Gracias, love *3*)

* * *

><p>.<p>

Todo pasa en Diogenia

Maye Malfter

.

* * *

><p>.<p>

Y tres

Sherlock tomÃ³ una profunda bocanada de aire antes de comenzar a caminar. DecidiÃ³ tomar el tÃºnel hasta el departamento de Ben para dejar sus cosas y luego bajar a disfrutar de la feria como lo hacÃ-a cada aÃ±o.

â€”_Mi_ departamento â€”se dijo en voz baja. Si iba a vivir la vida de Ben bien podrÃ-a comenzar por corregir sus posesivos.

Cuando estuvo frente a la puerta del 221b de Baker Street, a Sherlock le tomÃ³ un par de segundos recordar que esta vez no tenÃ-a que esperar a que Ben bajara para abrirle. SacÃ³ su llave y abriÃ³, sintiendo un escalofrÃ-o recorrerle la espalda.

EntrÃ³ y subiÃ³ las escaleras que lo llevaban al primer piso, que era donde estaba el salÃ³n, la cocina, el baÃ±o y la habitaciÃ³n. A la izquierda, una chimenea, y frente a Ã©sta dos butacas de aspecto confortable â€”la de cuero era su preferidaâ€”; un sofÃ¡ de tres plazas a la derecha, dos grandes ventanas al fondo y una mesa cuadrada en medio de ambas, con varios papeles sobre ella.

Sherlock se acercÃ³ para comprobar que eran sus papeles de identificaciÃ³n, el contrato de arrendamiento y todos los documentos que Ben considerÃ³ necesario dejarle a mano, justo como lo habÃ-an acordado. Sherlock los tomÃ³ y se girÃ³ para ir a la habitaciÃ³n. AtravesÃ³ la cocina notando que estaba impecable â€”posiblemente obra de Benâ€”, caminÃ³ por el pasillo y llegÃ³ por fin al que de ahora en adelante serÃ-a su dormitorio.

Sherlock jamÃ¡s habÃ-a estado allÃ-, asÃ- que lo recorriÃ³ con la mirada por primera vez: una gran cama con sÃ¡banas blancas de calidad decente, un armario de madera, una ventana, una mesa con su lÃ¡mpara y una silla en una esquina. PrÃ¡ctico y equitativamente distribuido, justo lo que Sherlock necesitaba en ese momento.

DejÃ³ su bolso sobre la cama y se mirÃ³ en el espejo de cuerpo completo que estaba empotrado en la parte interna de la puerta del armario. Su reflejo le devolviÃ³ una mirada llena de nerviosismo y expectativa, la expectativa de una vida nueva que estaba a punto de comenzar para Ã©l; millones de posibilidades al alcance de su mano, listas para que Ã©l extendiera un poco el brazo y las alcanzara.

Se sonriÃ³ a sÃ- mismo y decidiÃ³ que ya era suficiente charla interna por un dÃ-a, asÃ- que saliÃ³ de la habitaciÃ³n, tomÃ³ la identificaciÃ³n de Ben y saliÃ³ a la calle con rumbo al centro de la ciudad.

La feria en su honor estaba en su apogeo: gente en las calles, puestos de comida y juegos, luces de colores decorando los faroles, malabaristas y toda clase de artistas dando divertidos espectÃ¡culos

en cada esquina. Cada aÃ±o era especial a su manera, pero ese en particular se sentÃ-a como el mejor de todos, pues ya no habÃ-a toque de queda ni precauciones extra que tomar. Sherlock podÃ-a ser simplemente Sherlock, paseando como si tal cosa por todo el lugar, con la cara descubierta y la frente en alto.

Era libre, realmente libre. Tan libre como cualquiera de los asistentes; libre y dueÃ±o de su destino.

CaminÃ³ con parsimonia, fijÃ¡ndose en todo y nada a la vez. SintiÃ³ sed y comprÃ³ un refresco, luego sintiÃ³ hambre y comprÃ³ un trozo de pastel decorado con los colores de la bandera de Diogenia. Cuando se estaba planteando comprar un cono de helado cayÃ³ en cuenta de que jamÃ¡s habÃ-a podido interactuar con nadie, mucho menos comprar nada; en aquel entonces no podÃ-a arriesgarse a ser descubierto, asÃ- que se pasaba la feria deambulando por aquÃ- y por allÃ¡, muerto del hambre y la sed.

El descubrimiento de todo lo que ahora era capaz de hacer le dio de lleno en el pecho, infundiÃ©ndole una calidez que tenÃ-a demasiados aÃ±os sin sentir. La calidez de los besos de su madre, el abrazo de su padre; la inocente nociÃ³n de que todo estaba bien en el mundo aun cuando no lo supiera a ciencia cierta.

Los ojos le escocieron y Sherlock se obligÃ³ a concentrarse, vaciando su mente de todos esos pensamientos y yendo a comprarse el helado. Cuando entregÃ³ el dinero a la jovencÃ-sima dependienta, un sonido conocido llamÃ³ su atenciÃ³n. Se girÃ³ en direcciÃ³n al castillo y un montÃ³n de colores llenaron su visiÃ³n, haciendo que se olvidara completamente del helado en su mano.

MÃºltiples fuegos artificiales eran lanzados desde el jardÃ-n del castillo hacia el firmamento, anunciando la media noche y poniendo fin a su dÃ-a de cumpleaÃ±os. Era una tradiciÃ³n hacer aquello durante cada feria de cumpleaÃ±os, una por cada miembro con vida de la familia real â€”por lo que su gente llevaba ya bastantes aÃ±os con muchas menos ferias de las que tuviera nuncaâ€”.

Sherlock recordaba vagamente la emociÃ³n de ser sÃ³lo un niÃ±o y que aun asÃ- su madre le permitiese quedarse despierto despuÃ©s de su hora de dormir para ver los fuegos artificiales que se lanzaban en su honor. Cuando sus padres fallecieron, ver los fuegos artificiales se convirtiÃ³ en algo que simplemente no le apetecÃ-a, pero el sonido caracterÃ-stico de la pirotecnia era algo que estaba grabado en su subconsciente como el final de una cosa y el comienzo de otra. Muy acertado, si pensaba lo suficiente en ello.

Se quedÃ³ mirando el cielo sobre el castillo, un tanto embobado, hasta que sintiÃ³ la presencia de alguien cerca de Ã©l. La persona en cuestiÃ³n estaba demasiado cerca de su costado y habÃ-a extendido una mano para colocarla palma arriba por debajo de su cono de helado.

â€”Si no tienes cuidado, tendrÃ© que invitarte otro.

Sherlock girÃ³ el rostro para encarar al desconocido y unos bonitos ojos azul marino le devolvieron la mirada, acompaÃ±ados de una radiante sonrisa que hizo que todo alrededor desapareciera. El hombre era un poco mÃ¡s bajo que Ã©l y quizÃ¡s un par de aÃ±os mayor, piel clara, cabello rubio cenizo y complexiÃ³n fÃ-sica fornida, oculta

hÃ¡bilmente debajo de un cuestionable jumper de lana beige y una desgastada chaqueta de cuero negro.

â€”O puedes tener cuidado, pero te lo invito de igual manera.

Las palabras del apuesto rubio cobraron sentido cuando Sherlock notÃ³ una sensaciÃ³n viscosa en la mano con la que sostenÃ-a el cono de helado. TomÃ³ un paso hacia atrÃ¡s y comprobÃ³ que, en efecto, su helado estaba a medio derretir, repartido entre sus dedos, el piso y la mano del extraÃ±o.

â€”Lo siento â€”se disculpÃ³, tomando el cono con la otra mano.

Dio un par de pasos hasta un bote de basura cercano y tirÃ³ el restante de su cono. SacudiÃ³ la mano sucia en un vano intento por deshacerse del helado y casi de inmediato el desconocido le ofreciÃ³ un paÃ±uelo para limpiarse.

Sherlock aceptÃ³ el paÃ±uelo con cierto recelo, mientras el desconocido no dejaba de mirarle como si quisiera grabarse cada una de sus facciones en la retina. El escrutinio lo hizo sentirse un tanto incÃ³modo, y se aclarÃ³ la garganta para ocultarlo.

â€”Gracias â€”dijo, devolviendo el paÃ±uelo a su dueÃ±o. Ã‰ste desestimÃ³ el gesto con un ademÃ¡n.

â€”Te lo regalo â€”declarÃ³â€”. Pareces necesitarlo mÃ¡s que yo.

Sherlock intentÃ³ sonreÃ-r pero estuvo casi seguro de que todo lo que pudo lograr fue una mueca extraÃ±a. El rubio le miraba como si jamÃ¡s hubiera visto alguien como Ã©l en su vida, con tal interÃ©s que Sherlock tuvo que recordarse a sÃ- mismo que era virtualmente imposible que lo hubiera reconocido como el prÃ-ncipe de Diogenia.

DirigiÃ³ la mirada hacia el castillo y se dio cuenta de que el espectÃ¡culo de fuegos artificiales habÃ-a acabado, haciendo que la feria volviera a ser todo juerga y entretenimiento. Sin toque de queda, irse con el alba no parecÃ-a tan tentador como cada aÃ±o, sobre todo considerando que la adrenalina en sus venas comenzaba a evaporarse.

â€”Bonito, Â¿no? â€” preguntÃ³ el rubio, que no se habÃ-a movido ni un Ã¡pice de su ladoâ€”. CÃ³mo de cuento de hadas.

â€”No tanto â€”respondiÃ³ Sherlock, tajanteâ€”. No es mÃ¡s que un aburrido cÃºmulo de rocas viejas, frÃ-as y vacÃ-as, si quieres mi opiniÃ³n.

El desconocido contuvo una risa ante su mordaz comentario y Sherlock no pudo evitar sonreÃ-r de vuelta. Era la primera vez que alguien reaccionaba de tal manera ante alguna de sus acotaciones.

â€”La gente no suele reaccionar asÃ- cuando les llevo la contraria â€”comentÃ³ Sherlock, retomando la atenciÃ³n del rubio.

â€”Â¿Y quÃ© es lo que suelen hacer? â€”preguntÃ³ el otro a su vez.

â€”Decirme que cierre la boca.

El rubio soltÃ³ una carcajada y Sherlock volviÃ³ a sonreÃ-r. HabÃ-a algo en ese hombre que le impulsaba a hacer las cosas mÃ¡s raras, como sonreÃ-r a cada rato, hablar con extraÃ±os y olvidar que sÃ³lo segundos antes estaba considerando volver a casa.

â€”Entonces, Â¿me aceptas el helado? â€”insistiÃ³ el desconocido, mirÃ¡ndole con tal expresiÃ³n de interÃ©s que Sherlock tuvo que contenerse de hacer un comentario mordaz acerca de eso tambiÃ©n. La situaciÃ³n era obvia hasta para el menos experimentado, que en ese caso, resultaba ser Ã©l.

â€”Mejor un cafÃ© â€”propuso, ganÃ¡ndose una amplia y cÃ¡lida sonrisa.

El rubio le llevÃ³ a un sitio cercano, bonito y agradable, con mesas fuera del local y una variedad impresionante de cafÃ©s frÃ-os y calientes. Sherlock terminÃ³ pidiendo un capuchino mientras su contraparte se decidÃ-a por un vienÃ©s.

Cuando el dependiente se fue con el pedido, ambos hombres quedaron en silencio, el rubio mirÃ¡ndole como si quisiera adivinarle los pensamientos y Sherlock pretendiendo no darse cuenta para disminuir su azoramiento. Era en momentos como esos en los que odiaba un poco las habilidades de observaciÃ³n y deducciÃ³n heredadas de su madre.

â€”Me llamo John, por cierto â€”dijo el ya no tan desconocido para romper el silencioâ€”. John Watson. Â¿Y tÃº eres?

â€”Sherlockâ€¦ â€”respondiÃ³ sin pensarlo, pateÃ¡ndose mentalmente por dejar que la pregunta le tomara desprevenido. TendrÃ-a que mejorar su reacciÃ³n reflejo en el futuroâ€”. Quiero decir, Benedict â€”corrigiÃ³â€”. Benedict Vetham.

â€”Â¿Benedict o Sherlock? â€”preguntÃ³ John, notablemente entretenido por la confusiÃ³n.

â€”Benedict Sherlock â€”se apresurÃ³ a decir Sherlock, conteniendo las ganas de hacer una mueca ante su propia tonterÃ-a. Estaba nervioso y hasta un tonto podrÃ-a notarloâ€”. Pero puedes llamarme Ben. Todos me dicen Ben.

â€”Pero a ti te gusta mÃ¡s Sherlock â€”puntualizÃ³ John, como si fuera la cosa mÃ¡s obvia. Sherlock tuvo que admitir que la situaciÃ³n era un tanto hilarante en sÃ- mismaâ€”. Â¿Puedo decirte Sherlock, Sherlock?

â€”Puedes â€”terminÃ³ por responder Sherlock, sin poderse creer que justo a la primera persona que conocÃ-a fuera de las murallas le hubiera revelado su nombre real. SerÃ-a un milagro si pasaba la noche sin que nadie se diera cuenta de que no pertenecÃ-a a ese lugar.

El dependiente regresÃ³ con sus cafÃ©s, y durante un rato no hicieron mÃ¡s que estar en compaÃ±Ã-a del otro. Sherlock tenÃ-a que admitir que el cafÃ© estaba delicioso y no pudo evitar preguntarse si no serÃ-a alguna clase de afrenta por su parte estar consumiendo el producto de un local que no era en el que Ben le habÃ-a cedido su trabajo.

â€”Yâ€¦ Â¿eres de por aquÃ- o viniste sÃ³lo por la feria? â€”preguntÃ³ John tras dejar su vienÃ©s a medio beber sobre la mesa. Una fina capa de espuma habÃ-a quedado sobre sus labios y al observarle retirarla con la punta de la lengua, Sherlock sintiÃ³ la terrible necesidad de hacerlo Ã©l. Â¡Pero si acababa de conocer al tipo!

â€”Soy de por aquÃ- â€”respondiÃ³ Sherlock, sin especificar demasiado.

â€”Â¿Norte, sur, centro?

â€”Me parece que esa informaciÃ³n es demasiado personal como para suministrarla apenas a mitad del primer cafÃ© â€”declarÃ³, tajante. John sonriÃ³ de lado.

â€”SÃ³lo estaba haciendo conversaciÃ³n â€”dijo en tono tranquiloâ€”. No es como si vivieras en el castillo o algo asÃ-.

Sherlock sintiÃ³ los mÃºsculos de su estÃ³mago tensarse ante el comentario, pero John no pareciÃ³ notarlo.

â€”Yo soy del norte. Northumberland Street â€”continuÃ³â€”. SiÃ©ntete libre de ir a robar mis posesiones cuando quieras.

â€”No soy ningÃºn criminal â€”negÃ³ Sherlock, un poco mÃ¡s relajado.

â€”Ni yo â€”dijo John a su vezâ€”. Pero por si acaso.

Sherlock contuvo una nueva sonrisa, escondiÃ©ndose detrÃ¡s de su cafÃ©.

â€”Vivo en Baker Street â€”confesÃ³ un momento despuÃ©s, dejando su taza vacÃ-aâ€”. Y me parece que ya es hora de que regrese a mi casa.

Sherlock se levantÃ³ de la mesa y John lo imitÃ³.

â€”Â¡Te acompaÃ±o! â€”ofreciÃ³, sacando algunos billetes de su bolsillo y dejÃ¡ndolos junto a su taza a medio beberâ€”. Aprovechando que me queda de caminoâ€¦ â€”Sherlock alzÃ³ una ceja.

â€”Vives literalmente del otro lado de la ciudad â€”apuntÃ³. John desestimÃ³ el comentario con un ademÃ¡n.

â€”Detalles â€”dijo sin mÃ¡s, comenzando a caminar hacia la ya no tan abarrotada calle central. Sherlock lo siguiÃ³ a falta de una razÃ³n para no hacerlo, y pronto se encontraron caminando por calles solitarias rumbo a Baker Street.

â€”Eres doctor â€”seÃ±alÃ³ Sherlock a medio camino, intentando hacer conversaciÃ³n de la Ãºnica manera que conocÃ-aâ€”. Tus manos son precisas y delicadas, propias de un cirujano. Y tu estetoscopio sobresale del bolsillo de tu chaqueta.

â€”Â¿Eres alguna clase de detective? â€”preguntÃ³ John, y por el rabillo del ojo Sherlock comprobÃ³ que no estaba enojado.

â€”Soy mesonero en el cafÃ© DuMont â€”respondiÃ³, suministrando la informaciÃ³n de Ben con eficacia por primera vez en toda la nocheâ€”. Pero soy muy observador.

â€”Pues tendrÃ-as buen futuro como detective privado â€”comentÃ³ John, caminando a su lado. Le rozaba el brazo cada vez que podÃ-a, y Sherlock pretendÃ-a no darse cuenta de nada, por el simple hecho de forzar la barra hasta ver quÃ© sucedÃ-a.

â€”Lo tendrÃ© en cuenta â€”asegurÃ³.

Caminaron sin hablar hasta llegar a Baker Street y cuando estuvieron frente a la puerta del 221b, la idea mÃ¡s absurda le cruzÃ³ la mente. La empujÃ³ fuera de sus pensamientos.

â€”Hasta aquÃ- llegÃ³ yo â€”anunciÃ³, removiÃ©ndose un tanto incÃ³modo al darse cuenta de la manera en la que John le mirabaâ€”. Fue muy agradable conocerte, John Watson. â€”Acto seguido, Sherlock extendiÃ³ su mano con intenciÃ³n de que el otro la estrechara. John, sin embargo, tenÃ-a otros planes.

Le halÃ³ de la solapa del abrigo hasta tenerlo tan cerca que todo lo que sus ojos podÃ-an ver era el azul marino de los del otro. Sherlock se dio cuenta de lo que iba a pasar a continuaciÃ³n apenas un instante antes de que sucediera, y mÃ¡s rÃ¡pido que decir "Diogenia", los labios de John reclamaban los suyos como si quisieran dejar una marca permanente.

Para su propia sorpresa, Sherlock correspondiÃ³ el beso con igual entusiasmo, incapaz de dar con la razÃ³n de tanto deseo arremolinado en su interior y sin que le importara demasiado. John subiÃ³ el escalÃ³n frente a la puerta del 221b y utilizÃ³ la ventaja que le daba esa posiciÃ³n para tomar completo control sobre lo que estaba pasando. LamiÃ³ el labio inferior de Sherlock y empujÃ³ su lengua dentro de su boca, moviÃ©ndola con tal experticia que si Sherlock no hubiese estado sujetando los antebrazos del otro sus rodillas habrÃ-an cedido sin duda.

Se separaron sÃ³lo cuando la falta de oxÃ-geno se hizo imperante, y aun asÃ-, John no era capaz de dejarle ir por completo, repartiendo pequeÃ±os besos entre su boca, la lÃ-nea de la mandÃ-bula y el limitado trozo de cuello al que la bufanda de seda le permitÃ-a el acceso. Sherlock se sentÃ-a en las nubes; para ser su primer beso, honestamente habÃ-a estado fantÃ¡stico.

â€”Â¿Quieresâ€¦ pasar? â€”preguntÃ³ entre jadeos, sintiendo un conocido calor acumularse en determinadas zonas de su anatomÃ-a que estaban bastante lejos de las que John se empeÃ±aba en cubrir de besos.

John se separÃ³ lo suficiente para mirarle a los ojos, y a Sherlock le complaciÃ³ darse cuenta de que estaba tan agitado como Ã©l mismo se sentÃ-a.

â€”PensÃ© que nunca lo dirÃ-as â€”dijo con voz ronca, chocando sus labios contra los de Sherlock con tal fiereza que Ã©ste estuvo seguro de que tendrÃ-a marcas rojizas por la maÃ±ana.

.

4. Â¿Y vivieron felices?

Beta-reader: lenayuri (*3*)

* * *

><p>.<p>

Todo pasa en Diogenia

Maye Malfter

.

* * *

><p>.<p>

Â¿Y vivieron felices?

La maÃ±ana siguiente, Sherlock se levantÃ³ temprano, un poco adolorido pero con una calidez dentro del pecho que era incapaz de explicar con palabras.

Los recuerdos de la noche anterior todavÃ-a estaban vÃ-vidos dentro de su cabeza: aquel beso robado, la invitaciÃ³n a quedarse, subir las oscuras escaleras entre besos, risas y tropezones, estar piel contra piel sin que diera tiempo de siquiera llegar a la habitaciÃ³n...

Era un milagro que ninguno de los dos se hubiera roto nada durante su pequeÃ±a aventura, aunque Sherlock todavÃ-a tenÃ-a la rodilla dolorida de cuando, en la emociÃ³n del momentos, ambos se cayeron del sofÃ¡ de tres plazas. Para cuando alcanzaron la cama, Ã©l y John estaban tan exhaustos que terminaron utilizÃ¡ndola para lo que en realidad fue creada.

Sherlock se sentÃ³ y desperezÃ³, sonriendo al sentir la sÃ¡bana blanca rodar con gracia por su cuerpo semidesnudo. LanzÃ³ un vistazo hacia el reloj electrÃ³nico sobre la mesita, que le indicÃ³ que apenas habÃ-a dormido unas cuatro horas. Ã‰l nunca fue de mucho dormir, por lo que cuatro horas de sueÃ±o sonaron como una buena cifra.

La luz del sol se colaba por la ventana que ninguno de los dos se habÃ-a molestado en cerrar, dibujando formas raras encima de cada superficie a su alcance. La cama era una de esas superficies, por lo que un rayo de sol daba de lleno a un lado de Sherlock, justo sobre la espalda desnuda de un muy dormido John Watson.

Sherlock sonriÃ³ instantÃ¡neamente al mirarle, recordando cada cosa que tuvo que pasar en su vida y la de otros para que Ã©l pudiera amanecer al lado de ese hombre del que apenas sabÃ-a nada pero que estaba deseoso por averiguarlo.

PasÃ³ la punta de los dedos por todo el contorno de la figura de John, desde el cabello hasta donde la sÃ¡bana le cubrÃ-a, teniendo cuidado de no ejercer demasiada presiÃ³n para no despertarle. Una profunda inspiraciÃ³n le indicÃ³ que no habÃ-a hecho muy bien su trabajo, seguida de unos pÃ¡rpados de pestaÃ±as rubias y rizadas que

se abrieron lentamente para devolverle la mirada. Lo siguiente que supo fue que John le tomÃ³ por la mano con la que le acariciaba, halÃ¡ndole hacia sÃ- y abrazÃ¡ndole por la espalda.

â€”Buenos dÃ-as, Benedict Sherlock â€”le dijo John al oÃ-do, apretÃ¡ndole mÃ¡s hacia Ã©lâ€”. Â¿Dormiste bien?

â€”CÃ³mo un bebÃ© â€”respondiÃ³ Sherlock, suspirando en respuesta a la sensaciÃ³n de tener a John repartiendo besos por sus hombros y cuelloâ€”. Â¿Y tÃº?

â€”Mejor imposible â€”dijo John, comenzando a recorrer el cuerpo de Sherlock con la palma de sus manos: desde el pecho al abdomen y un poco mÃ¡s allÃ¡â€”. Â¿Quieres mejorar mi maÃ±ana tambiÃ©n? â€”preguntÃ³ en un susurrÃ³ ronco bastante sugerente, haciendo que Sherlock sintiera un escalofrÃ-o agradable recorrerle la columna.

â€”Â¿Y cÃ³mo podrÃ-a hace eso? â€”preguntÃ³ Sherlock de vuelta, en tono de fingida inocencia. Las manos de John sobre Ã©l eran cÃ¡lidas al tacto, y dejaban caminos hormigueantes sobre su piel.

â€”Tengo varias ideas, a ver cuÃ¡l de ellas te acomoda.

DespuÃ©s de allÃ-, Sherlock no supo de sÃ- mismo en lo que parecieron ser horas, y cuando al fin estuvieron satisfechos, el reloj de la mesita marcaba las diez y media. Decidieron dejar de tontear y comenzar de una vez el dÃ-a, primero porque ya no habÃ-a lugar de la cama en el que se pudiera estar sin sentirse viscosos y segundo porque sus estÃ³magos reclamaban comida a bramidos.

La suerte estaba a su favor â€”siendo que el dÃ-a despuÃ©s de una feria de cumpleaÃ±os siempre se consideraba dÃ-a de asuetoâ€”, por lo que John propuso tomar una ducha juntos. AsÃ- lo hicieron y cerca de tres cuartos de hora despuÃ©s ambos salieron del baÃ±o con toallas limpias alrededor de la cintura y sendas sonrisas en el rostro.

â€”Â¿Te gustan los panqueques? â€”preguntÃ³ John mientras se vestÃ-a con uno de los pijamas que Ben habÃ-a dejado en el armario. Le quedaba demasiado largo, pero el resultado era bastante adorable.

Sherlock asintiÃ³, vistiendo sus propios pijamas y sacando del bolso su querido albornoz de seda. John le esperÃ³ y ambos salieron al Ã¡rea comÃºn del departamento tras un rÃ¡pido besuqueo en el pasillo.

John se familiarizÃ³ con la cocina mucho mÃ¡s rÃ¡pido de lo que Ã©l lo habÃ-a hecho durante sus noches con Ben, por lo que Sherlock se dedicÃ³ a recoger toda la ropa que habÃ-an dejado tirada en el frenesÃ- de la noche anterior. TambiÃ©n aprovechÃ³ para cambiar las sÃ¡banas sucias por sus adoradas sÃ¡banas de algodÃ³n egipcio y colocÃ³ toda su ropa dentro del armario de la habitaciÃ³n. La foto familiar decidiÃ³ dejarla en el cajÃ³n de la mesita de noche, donde tambiÃ©n reposaba la bolsa con joyas para vender y los documentos que Ben le habÃ-a dejado.

John le llamÃ³ desde la cocina y Sherlock fue a su encuentro. La mesa estaba preparada con una fuente llena de panqueques, miel, margarina

y un par de tÃ©s reciÃ©n hechos. Sherlock sonriÃ³ sÃ³lo de mirarlo, y sonriÃ³ aÃºn mÃ¡s al ver a John completando todo el conjunto. De alguna manera que no podÃ-a explicar, el hombre encajaba perfecto en el cuadro. Tanto, que Sherlock secretamente deseÃ³ que asÃ- pudieran ser todas sus maÃ±anas de ese dÃ-a en adelante.

Comieron entre risas y comentarios sugerentes por parte de John, que Sherlock estaba aprendiendo a tolerar sin sonrojarse como un colegial.

A mitad del desayuno, la emisora radial que John tenÃ-a sintonizada anunciÃ³ el compromiso entre el prÃ-ncipe William III y la princesa Irene de Belgravia. El estÃ³mago de Sherlock dio un vuelco al escuchar su nombre en la noticia, pero lo disimulÃ³ lo mejor que pudo, tratando de apartar de su mente pensamientos negativos en torno al plan y a Ben siendo descubierto como impostor por su hermano.

Cuando la montaÃ±a de panqueques bajÃ³ considerablemente, John anunciÃ³ que estaba demasiado lleno para seguir y Sherlock notÃ³ que tambiÃ©n estaba satisfecho. Guardaron el sobrante en el refrigerador, lavaron los platos entre risas y besos, y decidieron que la segunda mejor cosa que podÃ-an hacer era irse a ver el desfile de carrozas por televisiÃ³n â€”siendo que sus estÃ³magos estaban demasiado llenos para que hacer la primera fuera viable.

Vieron el desfile enredados el uno al otro sobre el sofÃ¡ de tres plazas, pero mucho antes de que la Ãºltima carroza llegara al final de la calle principal, Sherlock y John ya se estaban besando como si el mundo fuera a acabarse.

Estaba bastante entrada la tarde cuando John vistiÃ³ de nuevo sus jeans, jumper y chaqueta. Sherlock saliÃ³ a despedirlo, prometiendo entre risas no mudarse de paÃ-s ahora que John conocÃ-a la ubicaciÃ³n de su casa y la direcciÃ³n de su trabajo. John dijo que se pasarÃ-a por el DuMont al dÃ-a siguiente para acompaÃ±arle a casa despuÃ©s del trabajo y Sherlock tuvo que morderse el interior de las mejillas para no seguir sonriendo como idiota.

Al dÃ-a siguiente, Sherlock se levantÃ³ temprano otra vez. TomÃ³ una refrescante ducha, vistiÃ³ una sencilla camisa blanca arremangada cuidadosamente hasta la mitad del antebrazo, pantalones de vestir negros heredados de Ben y sus zapatos mÃ¡s cÃ³modos, y comiÃ³ un poco de cereal con leche por miedo a auto-intoxicarse intentando cocinarse el desayuno.

Durante su tiempo con Ben, el hombre intentÃ³ enseÃ±arle todo acerca de ser mesonero, pero al llegar a DuMont, Sherlock se dio cuenta de que tenÃ-a bastante que aprender. Entre tomar pedidos, cuidarse de no derramar nada y procurar no equivocarse con las mesas, la jornada se le hizo sÃºper rÃ¡pida; apenas comenzaba a sentirse con confianza suficiente para tomar dos pedidos a la vez cuando su turno terminÃ³, y tuvo que ir dejar el delantal en la trastienda con todos sus compaÃ±eros siguiÃ©ndole con la mirada.

Cuando regresÃ³ de la trastienda, John ya lo estaba esperando frente a la puerta del cafÃ©, y Sherlock no pudo evitar el alivio que le recorriÃ³ el cuerpo al verle a travÃ©s del cristal. Desde la tarde anterior habÃ-a intentado no pensar en lo descuidado que fue al enrollarse con un tipo que apenas conocÃ-a, pero que dicho personaje

estuviera cumpliendo la promesa que le hizo antes de dejarle hablaba muy bien de Ã©l.

Sherlock saliÃ³ del DuMont sintiÃ©ndose cada vez mÃ¡s azorado, sin la menor idea de cÃ³mo debÃ-a saludar a John. Â¿Acaso debÃ-a abrazarlo? Â¿Besarle la mejilla? Â¿Hacer una reverencia? Â¿No hacer nada en absoluto? John pareciÃ³ intuir su inseguridad, porque tan pronto Sherlock comenzÃ³ a removerse incÃ³modo en su sitio, Ã©l puso una mano delicadamente sobre su mejilla y le besÃ³ con suavidad.

â€”Hola, guapo â€”saludÃ³, mientras una tanda de silbidos llegaba desde dentro del local. Sherlock ni siquiera tuvo que girarse para comprobar que eran sus, hasta ese momento, silenciosos compaÃ±eros de trabajo.

â€”Holaâ€”respondiÃ³ de manera escueta, con las orejas hirviendo y las manos frÃ-as.

Se girÃ³ sin ver hacia dentro del DuMont y enrumbÃ³ calle abajo, con John pegado a su costado y entrelazando su mano con la de Ã©l. En otro momento, el gesto le habrÃ-a parecido infantil y hasta patÃ©tico, pero justo en ese instante no imaginaba que algo mejor pudiera pasarle... Hasta que llegaron al 221b y algo mejor _sÃ-_ pudo pasarle.

John pasÃ³ de nuevo la noche con Ã©l, y por la maÃ±ana se asegurÃ³ de que Sherlock comiera un desayuno decente antes de que ambos tuviesen que ir a trabajar.

Y asÃ- como asÃ-, una nueva rutina comenzÃ³ para Sherlock.

Trabajo en el DuMont seis dÃ-as a la semana, John pasÃ¡ndole a recoger o quedÃ¡ndose a dormir cuando no tenÃ-a guardia de noche; John haciÃ©ndole el desayuno cuando se quedaba a dormir; John cambiando guardias para poder quedarse con Sherlock durante su dÃ-a libre, John, John, John.

Ese apuesto hombre de cabello rubio y sonrisa franca se habÃ-a convertido rÃ¡pidamente en la parte mÃ¡s importante de su vida, eclipsando casi por completo los pensamientos negativos que se le venÃ-an de repente con respecto a cierto doble suyo y cierto castillo escondido tras una muralla.

MÃ¡s de un mes pasÃ³ en un abrir y cerrar de ojos, mientras que Sherlock por fin vivÃ-a la vida que siempre quiso vivir. John era maravilloso en sÃ- mismo y el trabajo en DuMont ya era para Ã©l tan fÃ¡cil como respirar. En vista de que la paga le alcanzaba para cubrir sus gastos, que no eran muchos, las joyas que se habÃ-a traÃ-do del castillo yacÃ-an olvidadas en la mesita de noche, junto con su foto familiar.

La vida era perfecta, John era perfecto, y esa noche en particular prometÃ-a ser la mÃ¡s perfecta de todas.

Era una de esas raras ocasiones en las que sus horarios coincidÃ-an para dejarles una noche libre seguida de un dÃ-a libre tambiÃ©n. Justo en ese momento, y despuÃ©s de haber tomado una cena ligera que apenas pudieron terminar, ambos yacÃ-an sobre el sofÃ¡ de tres plazas frotÃ¡ndose el uno contra el otro cÃ³mo si de eso dependiera la

supervivencia de la humanidad.

John estaba sobre Ã©l, besando cada pedazo de piel a su alcance, y Sherlock estaba tan ido que creyÃ³ que estallarÃ-a en llamas en cualquier momento. Sin aviso, las caricias pararon y Sherlock tuvo que contener un indecente quejido de sÃºplica. AbriÃ³ los ojos y se encontrÃ³ con los de John, mirÃ¡ndole mÃ¡s intensamente de lo que lo habÃ-a hecho en bastante tiempo; tanto cÃ³mo aquella primera vez, frente a la puerta del 221b.

â€”Â¿Te parece siâ€¦? â€”balbuceÃ³, y a Sherlock le sorprendiÃ³ darse cuenta de que sonaba nerviosoâ€”. Â¿Quieres queâ€¦? Digo, no tenemos que hacerlo todavÃ-a si no quieresâ€¦

_Oh._

Sherlock comprendiÃ³ de inmediato, y de no haber tenido la pÃ¡lida piel tan enrojecida a causa de haberse estado manoseando con John durante el Ãºltimo cuarto de hora, hasta hubiera podido sonrojarse.

â€”EstÃ¡ bien â€”aceptÃ³â€”. Quiero hacerlo. â€”John sonriÃ³ de oreja a oreja y a Sherlock le pareciÃ³ que no se podÃ-a ser mÃ¡s adorable.

â€”Necesitoâ€¦ â€”comenzÃ³ John, moviendo las manos frente a Sherlock con cierta torpezaâ€”. Â¿De casualidad tienesâ€¦? â€”Sherlock asintiÃ³ para ahorrarle el momento de vergÃ¼enza, aunque no dudarÃ-a en fastidiarlo con aquello en la maÃ±ana.

â€”En la habitaciÃ³n. En el cajÃ³n de la mesita. â€”John asintiÃ³ una vez, le dio un tierno beso en los labios y saliÃ³ disparado en direcciÃ³n al dormitorio.

Sherlock apenas podÃ-a contener la emociÃ³n que sentÃ-a, su respiraciÃ³n estaba mÃ¡s allÃ¡ de simplemente agitada y no podÃ-a dejar de sonreÃ-r. No obstante, con el pasar de un par de minutos la neblina de euforia en la que estaba sumida su cabeza comenzÃ³ a disiparse para dar paso a una Ãºnica pregunta: Â¿quÃ© rayos le tomaba a John tanto tiempo?

â€”Â¿John? â€”llamÃ³ en direcciÃ³n a la habitaciÃ³nâ€”. Â¿EstÃ¡ todo bien?

Algo dentro de Sherlock se retorciÃ³, cÃ³mo un aviso de que algo definitivamente no estaba bien. Al no obtener respuesta alguna, Sherlock decidiÃ³ ir a buscarle, intentando desestimar su preocupaciÃ³n tomÃ¡ndola por infundada.

LlegÃ³ a la habitaciÃ³n en un santiamÃ©n, y encontrÃ³ a John sentado sobre el colchÃ³n, con la mirada fija en algo que tenÃ-a entre las manos. Sherlock estuvo a punto de preguntar por quÃ© se estaba tardando tanto, pero tan pronto su cerebro lograÃ³ procesar quÃ© era lo que John sostenÃ-a, el alma se le cayÃ³ a los pies.

â€”Â¿QuÃ© significa esto? â€”preguntÃ³ John mirÃ¡ndole; toda la ternura de antes habÃ-a desaparecido de sus ojos para ser ocupada por el recelo.

â€”John, yoâ€¦ â€”comenzÃ³ Sherlock, incapaz de apartar la vista de

su fotografÃ-a familiar y la bolsa de tela con joyas para venderâ€”. Te juro que no es lo que pareceâ€¦

John se incorporÃ³ de un salto.

â€”Â¿En serio? â€”preguntÃ³, alzando un poco la voz, en un tono que Sherlock jamÃ¡s le habÃ-a escuchadoâ€”. Porque justo ahora parece que mi novio es alguna clase de ladrÃ³n de prendas.

â€”Â¡No soy un ladrÃ³n! â€”aclarÃ³ Sherlock de inmediatoâ€”. Las joyas son mÃ-as. Sonâ€¦ regalos familiares.

â€”Ya â€”profiriÃ³ John, a quien las palabras de Sherlock obviamente no habÃ-an convencidoâ€”. Â¿Y cÃ³mo es que trabajas de mesero en un cafÃ© si tienes a alguien que te regale cosas como estas?

â€”John-

â€”Â¿Y quiÃ©nes son Ã©stas personas que estÃ¡n contigo en la foto? â€”siguiÃ³ John con su interrogatorio, sin permitirle hablarâ€”. Â¿Por quÃ© estÃ¡n llevando coronas? No soy un joyero experto, pero a todas luces se nota que son de verdad.

â€”Lo son, peroâ€¦

â€”Â¿QuiÃ©n rayos tiene joyas y coronas de verdad? â€”inquiriÃ³ John, alzando mÃ¡s la vozâ€”. Â¿A quiÃ©n le regalan piedras preciosas y aun asÃ- trabaja como mesero? Â¿O es que acaso no eres quiÃ©n dices ser? â€”John hizo una pausa, mirÃ¡ndole a los ojos como si quisiera sacarle la verdad de esa maneraâ€”. Â¿QuiÃ©n rayos eres, Benedict Vetham? â€”preguntÃ³ en un tono bajo, peligroso.

A Sherlock se le encogiÃ³ el estÃ³mago ante aquello. Era como si todo lo que habÃ-a estado temiendo desde que dejÃ³ el castillo se estuviera convirtiendo lentamente en realidad. Y justo cuando pensaba que su vida no podÃ-a ser mejor.

â€”Yoâ€¦ â€”comenzÃ³, pero las palabras le fallaban.

QuerÃ-a decir que era un prÃ-ncipe, que habÃ-a escapado para vivir una vida normal, que un hombre idÃ©ntico a Ã©l ocupaba ahora su puesto y que esas joyas eran apenas un vestigio de lo que alguna vez fuera su realidad. Pero no podÃ-a. Decirle todo a John era demasiado arriesgado, incluso confiando en Ã©l cÃ³mo lo hacÃ-a. Se habÃ-a esforzado demasiado para escapar, no estaba dispuesto a poner en riesgo su libertad por un descuido.

â€”No puedo decirte â€”confesÃ³ al final, desviando la mirada.

Una expresiÃ³n desolada cruzÃ³ el rostro de John por apenas unos segundos, antes de ser reemplazada por una trabajada mÃ¡scara de indiferencia.

â€”EstÃ¡ bien â€”aceptÃ³.

DejÃ³ las joyas y la foto sobre la cama y se girÃ³ de nuevo hacia Sherlock, que se obligÃ³ a mirarle. Su expresiÃ³n era indescifrable y cuando hablÃ³ de nuevo, lo hizo con tal frialdad que a Sherlock le costÃ³ relacionar esa voz con el hombre frente a Ã©l.

â€”Si alguna vez decides que puedes ser honesto conmigo, ya sabes dÃ³nde encontrarme â€”declarÃ³, para luego dejar la habitaciÃ³n, el departamentoâ€¦ y a Sherlock.

.

5. Al diablo con las perdices

Beta-reader: lenayuri (*v*)

* * *

><p>.<p>

Todo pasa en Diogenia

Maye Malfter

.

* * *

><p>.<p>

Al diablo con las perdices

Varios dÃ-as pasaron sin noticias de John, y Sherlock estaba que se comÃ-a las uÃ±as de la desesperaciÃ³n.

Tan pronto John dejÃ³ el 221b, Sherlock se dio cuenta del error tan garrafal que habÃ-a cometido al no decirle la verdad. Aunque el primer error habÃ-a sido ocultÃ¡rsela por tanto tiempo, para empezar.

Si Ben pudo soportar el peso de saber la magnitud del embrollo, Â¿quÃ© hacÃ-a a John diferente? Sherlock creÃ-a que sus sentimientos por John habÃ-an tenido mucho que ver en su incapacidad para confesarse. Â¿QuÃ© tal si John lo creÃ-a loco? O peor, Â¿quÃ© tal si dejaba de gustarle y se iba por dÃ³nde habÃ-a venido?

De igual manera, ocultar la verdad probÃ³ ser tan o mÃ¡s catastrÃ³fico que dejarla libre, porque desde aquella noche en el 221b, John se negaba en redondo a responderle las llamadas y los mensajes.

En eso estaba pensando mientras recogÃ-a los trastes de una mesa reciÃ©n desocupada cuando la figura de una muchacha menuda, de cabello castaÃ±o amarrado en una elaborada trenza, entrÃ³ en su campo de visiÃ³n. Molly Hooper, compaÃ±era de trabajo en DuMont y una de las pocas personas a las que realmente soportaba mÃ¡s allÃ¡ de un "buenos dÃ-as" o "nos vemos maÃ±ana".

La chica lo miraba desde una mesa cercana y Sherlock odiaba admitir que despuÃ©s de trabajar con ella por mÃ¡s de un mes podÃ-a reconocer la preocupaciÃ³n en sus ojos sin siquiera intentarlo.

â€”Si me vas a seguir mirando, mejor te doy una foto firmada â€”dijo Sherlock con sorna una vez que ambos estuvieron en el Ã¡rea de la

cocina, dejando los platos sucios en el fregadero. Molly ni siquiera se inmutÃ³.

â€”Ve a hablar con John â€”dijo sin mÃ¡s, cÃ³mo si ambos hubieran estado conversando todo el rato. Sherlock bufÃ³.

â€”No es tan fÃ¡cil, Hooper â€”declarÃ³, tomando un trapo y limpiando la encimera que tenÃ-a mÃ¡s cerca. Era casi hora de cerrar y no tener nada que hacer mÃ¡s que estar parado le ponÃ-a de mal humor.

â€”Â¡SÃ- que lo es! â€”replicÃ³ Molly, de pie a su ladoâ€”. SÃ³lo tienes que ir y hablarle. En la vida real no hay opciÃ³n de "rechazar llamada".

â€”Cierto â€”aceptÃ³ Sherlockâ€”. Pero en la vida real estÃ¡ la opciÃ³n de "cerrar la puerta en la cara" y es mucho mÃ¡s humillante.

Molly hizo una mueca, como si hubiera estado a punto de reÃ-rse pero se contuvo por el bien de la conversaciÃ³n.

â€”Â¿Ya lo intentaste? â€”preguntÃ³ en su lugar. Sherlock puso los ojos en blanco.

â€”Â¿No tienes alguien mÃ¡s a quiÃ©n fastidiar? â€”increpÃ³â€”. Creo que Tim te estÃ¡ haciendo ojitos desde la caja registradora.

â€”Es _Tom_ â€”corrigiÃ³ Molly sin alterarseâ€”. Y no vino hoy. Si no hubieras estado pensando en John toda la tarde te habrÃ-as dado cuenta.

Ahora fue Sherlock quien hizo una mueca. DejÃ³ de limpiar y volviÃ³ su atenciÃ³n a la pila de platos sucios.

Se arremangÃ³ y comenzÃ³ a lavarlos, ganÃ¡ndose una mirada extraÃ±ada por parte de Dimmock â€”un muchacho bajito y delgado, con ropa al menos dos tallas mÃ¡s grandes de lo necesario y a quiÃ©n esa noche le tocaban los platos. Sherlock le lanzÃ³ una mirada que claramente decÃ-a "si preguntas, uno de estos platos acabarÃ¡ sobre tu cabeza", y Dimmock se alejÃ³ tan rÃ¡pido cÃ³mo pudo. Molly negÃ³ con la cabeza.

â€”Tienes que ir a buscarlo â€”insistiÃ³. Sherlock bufÃ³ de nuevoâ€”. A este paso terminarÃ¡s por espantar a todos nuestros compaÃ±eros de trabajo. El pobre Anderson ya comenzÃ³ a creerse eso de que es tan idiota como para bajar el IQ de la cuadra entera y Sally le pidiÃ³ a Gregson que te cambie al turno de las maÃ±anas.

â€”Gregson sabe que soy su mejor mesero â€”dijo Sherlock sin levantar la mirada del fregaderoâ€”. No me va a cambiar de turno sÃ³lo porque un par de ineptos no me soportan.

â€”Ese no es el punto, Ben â€”dijo Molly, en tono cansadoâ€”. El punto es que desde que estÃ¡s peleado con John, DuMont parece zona de guerra y tÃº estÃ¡s tan insoportable que pareces ir perdiendo. Â¿Es tan grave asÃ-?

Sherlock dejÃ³ de fregar. Se sentÃ-a exhausto, tanto fÃ-sica como emocionalmente. GirÃ³ el rostro hacia Molly, quiÃ©n le miraba con una

mezcla entre compasiÃ³n y comprensiÃ³n.

â€”No quiere verme â€”explicÃ³â€”. La jodÃ- en grande y John no quiere saber nada de mÃ-.

Molly torciÃ³ un poco la boca, como pensando quÃ© decir ante la confesiÃ³n.

â€”John te quiere y eso es mÃ¡s que evidente â€”asegurÃ³â€”. Por muy en grande que la hayas jodido, no creo que sea tan grave como para hacerle olvidar eso.

Sherlock soltÃ³ un suspiro involuntario. Se secÃ³ las manos con el delantal y apoyÃ³ las caderas de la encimera, mirando a Molly. La mujer no tenÃ-a ni idea de lo grande de su predicamento, pero sus intenciones eran buenas, asÃ- que nada le costaba escucharla.

â€”Â¿QuÃ© tienes en mente? â€”preguntÃ³, y Molly le obsequiÃ³ una amplia sonrisa.

El plan de Molly era sencillo, tanto que hasta podÃ-a funcionar: colarse en la clÃ-nica de John con un nombre falso, hacer que lo pasaran a su consultorio y hablar con Ã©l. O intentarlo, al menos.

Con ayuda de Mike, un amigo que Molly tenÃ-a en la clÃ-nica donde John trabajaba, los conspiradores se hicieron con el horario de guardias de la semana y tras mucho discutir, Sherlock aceptÃ³ ir a la prÃ³xima guardia de John como un enfermo mÃ¡s.

Camino a la clÃ-nica, Sherlock sentÃ-a que el corazÃ³n se le iba a salir del pecho.

No habrÃ-an pasado mÃ¡s de un par de semanas desde su Ãºltimo encuentro con John, pero para Ã©l se sentÃ-a como si llevara media vida sin tenerle cerca. Una vez dentro, Sherlock compuso su mejor cara de estarse muriendo, tosiendo tan fuerte que si en verdad estuviese enfermo tendrÃ-a los pulmones de un fumador veterano.

â€”Â¿Nombre? â€”le preguntÃ³ la enfermera de turno, atrincherada detrÃ¡s de un escritorio circular.

â€”Mycroft Lestrade â€”respondiÃ³ Sherlock sin pensar. Con tanto ajetreo, olvidÃ³ preparar un alter ego decenteâ€”. Â¿EstÃ¡ de turno el doctor Watson?

La mujer ignorÃ³ su pregunta sin ninguna vergÃ¼enza y lo mirÃ³ de arriba abajo, como si estuviera decidiendo si le creÃ-a que estaba enfermo o no.

â€”Debe llenar esto â€”dijo finalmente, entregÃ¡ndole un tablero plÃ¡stico con clip que sostenÃ-a un formato lleno de toda clase de preguntas cuyas respuestas tendrÃ-a que inventarâ€”. En cuanto lo tenga, me lo trae. Si no lo trae, no lo atenderemos. Puede tomar asiento por allÃ¡ â€”terminÃ³ de recitar, seÃ±alando una larga hilera de sillas metÃ¡licas en dÃ³nde mÃºltiples personas que obviamente sÃ- estaban enfermas esperaban su turno.

Sherlock hizo lo que le dijeron, notando que las mentiras para llenar el formato le salÃ-an con sorprendente facilidad. EntregÃ³ la hoja completamente llena a la enfermera, que volviÃ³ a mirarle con recelo, y sin decir una palabra mÃ¡s volviÃ³ a sentarse junto a los enfermos.

La espera era insoportable; los minutos parecÃ-an tardar el doble de tiempo en cumplirse y cada vez que alguien nuevo entraba al Ã¡rea de la sala de espera, Sherlock no podÃ-a evitar dar un respingo. TenÃ-a los nervios de punta y cada vez que podÃ-a recordarlo, maldecÃ-a la hora en la que le hizo caso a Molly.

Esto era tortura, tanto esperar como la incertidumbre de saber si John le dejarÃ-a explicarse o lo mandarÃ-a a echar con los guardias de seguridad. Su Ãºnico consuelo era que, lo echaran o no, en su consciencia no quedarÃ-a la incÃ³gnita de si tal vez pudo haber hecho algo mÃ¡s para salvar lo que tenÃ-a con Johnâ€¦ PensÃ¡ndolo mejor, no era tan buen consuelo.

â€”SeÃ±or Lestrade â€”llamÃ³ la enfermera, y algo feo y viscoso dio una voltereta dentro de su estÃ³magoâ€”, ya puede pasar.

Sherlock asintiÃ³ hacia la mujer y se levantÃ³; la distancia entre Ã©l y la puerta del consultorio parecÃ-a ser inmensa, pero antes de darse cuenta ya la habÃ-a salvado. TomÃ³ un respiro profundo y girÃ³ el pomo, apenas conteniendo las ganas de echar a correr en la direcciÃ³n contraria.

El consultorio era pequeÃ±o y prÃ¡ctico, bastante iluminado y sin nada de particular salvo el rubio doctor que en ese momento ni siquiera le miraba. John tenÃ-a entre las manos la historia clÃ-nica con informaciÃ³n falsa que Sherlock habÃ-a dado a la enfermera, y la estudiaba con detenimiento.

En cuando a Sherlock, todo lo que podÃ-a hacer era quedarse de pie mirando a John como si nunca le hubiera visto en la vida. Era como si hubiera estado aguantando la respiraciÃ³n durante todo ese tiempo y apenas ahora fuese capaz de respirar con naturalidad.

â€”Buenos dÃ-as, seÃ±or Lestrade â€”saludÃ³ John, anotando un par de cosas en la hoja entre sus manos. Sherlock creyÃ³ que su corazÃ³n se paraba de tan sÃ³lo escuchar esa voz otra vezâ€”. Â¿En quÃ© le podemos ayudar?

â€”John.

Como un lÃ¡tigo, John alzÃ³ la cabeza para mirarle, y un carnaval de emociones se dibujÃ³ en su rostro. Â¿QuÃ© se suponÃ-a que hiciera Sherlock ahora? En su cabeza, el plan de Molly nunca le habÃ-a llevado tan lejos, o mejor dicho, Ã©l no se habÃ-a atrevido a pensar que el plan le llevaba tan lejos. Pero ahÃ- estaba, de pie frente a John boqueando como un pez y sin la menor idea de quÃ© decirle para que lo perdonara.

â€”DebÃ- imaginar que harÃ-as algo asÃ- â€”dijo John, recomponiendo el gestoâ€”. Eres demasiado listo como para rendirte tan fÃ¡cil. Â¿Viniste a atormentarme?

â€”No respondes mis mensajes â€”declarÃ³ Sherlock, encontrando su voz otra vezâ€”. Tampoco atiendes mis llamadas.

â€”Y yo aquÃ- pensando que mis intenciones eran claras â€”dijo John, con un dejo de sarcasmoâ€”. Me mentiste en mi cara â€”le recordÃ³, haciÃ©ndole sentir un pinchazo de culpabilidad en las costillasâ€”. Te descubrÃ- y me alejÃ© porque no tolero las mentiras. Es asÃ- de simple.

â€”No es tan simple como crees â€”negÃ³ Sherlock, acercÃ¡ndose un paso hacia el escritorio. John se cruzÃ³ de brazos en gesto defensivo.

â€”Para mÃ- lo es â€”replicÃ³â€”. A no ser que esperar honestidad de alguien con quien duermes todos los dÃ-as sea demasiado pedir.

â€”John, por favorâ€¦

Sherlock le mirÃ³, suplicante, y tras una breve batalla de miradas, John bajÃ³ la guardia apenas lo suficiente para permitirle volver a hablar.

â€”SÃ© que te mentÃ- â€”aceptÃ³â€”, pero las cosas no son como crees. Esâ€¦ _complicado_. MÃ¡s de lo que te imaginas.

John le mirÃ³ con intensidad. En sus ojos bailaban la desconfianza y la decepciÃ³n, pero al menos no parecÃ-a querer correrle del lugar sin dejarle explicarse primero.

â€”Â¿Eso es todo lo que querÃ-as decirme? â€”preguntÃ³ tras un momentoâ€”. Â¿Para eso te colaste a mi consulta?

Sherlock estuvo a punto de esbozar una sonrisa. ExtraÃ±aba a ese hombre mÃ¡s de lo que podÃ-a explicar con palabras, e incluso mientras le estaba riÃ±endo, tenerle frente a Ã©l le hacÃ-a querer sonreÃ-r como idiota.

â€”Quiero que lo sepas todo â€”dijo por fin, y John no pudo ocultar el gesto de asombro que le cruzÃ³ el rostroâ€”. Mereces saber la verdad mÃ¡s que nadie, para que puedas decidir por ti mismo si lo de nosotros vale la pena o no.

John se descruzÃ³ de brazos, pero su gesto seguÃ-a siendo desconfiado.

â€”Tengo mÃ¡s pacientes â€”dijo, y a Sherlock le pareciÃ³ que en verdad sentÃ-a que aquello fuera cierto.

â€”Lo sÃ©â€¦ Â¿Tienes algo que hacer esta noche? â€”John negÃ³ con la cabezaâ€”. Â¿Puedes pasar por Baker Street a eso de las siete?

John parecÃ-a debatirse internamente entre aceptar o no la propuesta, mientras que Sherlock sentÃ-a el corazÃ³n latir con tanta fuerza que no le hubiera sorprendido para nada que John lo estuviese escuchando tambiÃ©n. Al final, John asintiÃ³ una vez.

â€”A las siete serÃ¡ â€”dijo Sherlock, caminando de espaldas hacia la puerta. No querÃ-a tentar a la suerte asÃ- que lo mejor era salir de allÃ- antes de que la presencia de John lo llevara a cometer alguna tonterÃ-aâ€”. Que tenga un buen dÃ-a, doctor Watson.

Y saliÃ³ del consultorio.

Tan pronto saliÃ³ de la clÃ-nica, Sherlock le escribiÃ³ a Molly para contarle el Ã©xito que tuvo su tonto plan. La chica le llamÃ³ de inmediato, dÃ¡ndole Ã¡nimos y deseÃ¡ndole buena suerte esa noche. Sherlock le agradeciÃ³ de todo corazÃ³n, pues si habÃ-a alguien que esa noche necesitarÃ-a la suerte de su lado, ese era Ã©l.

Las horas pasaban lento en el 221b, mientras Sherlock se paseaba de un lado al otro repasando el discurso que tenÃ-a preparado para John. Esperaba que no fuese tan difÃ-cil convencerle de la verdad, y que dicha informaciÃ³n no sonara como un intento desesperado por seguirle mintiendo en la cara.

En Ãºltima instancia, Sherlock recurrirÃ-a a lo mismo que utilizÃ³ con Ben en su momento: un paseo por los pasadizos y una entrada furtiva en su habitaciÃ³n. SabÃ-a que el riesgo era grande, pero preferÃ-a jugarse la libertad que seguir permitiendo que John desconfiara de Ã©l. Se lo debÃ-a.

El inconfundible sonido del timbre le sacÃ³ de sus cavilaciones. Sherlock mirÃ³ su reloj de pulsera para comprobar que apenas eran las seis y media, pero dadas las circunstancias, que John estuviera ansioso por saber la verdad no era para nada irregular.

Sherlock bajÃ³ las escaleras de dos en dos, con el corazÃ³n desbocado y todo su perfecto discurso prÃ¡cticamente olvidado. QuizÃ¡s tendrÃ-a que improvisar pero Â¡eso que importaba! Si John estaba allÃ- querÃ-a decir que no todo estaba perdido para ellos dos, o eso querÃ-a creer.

TomÃ³ un profundo respiro y abriÃ³ la puerta del 221b, sintiendo algo pesado como el plomo caer dentro de su estÃ³mago al darse cuenta de que no era John quien habÃ-a tocado el timbre.

â€”Buenas noches, William â€”saludÃ³ Mycroft desde el umbral, flanqueado por al menos media docena de guardias realesâ€”. Las vacaciones terminaron. Ya es hora de volver a casa.

.

6. Como me lo contaron te lo cuento

Beta-reader: lenayuri (*v*)

* * *

><p>.<p>

Todo pasa en Diogenia

Maye Malfter

.

* * *

><p>.<p>

Como me lo contaron te lo cuento

Sherlock se paseaba de un lado al otro de su habitaciÃ³n, con las manos unidas en la espalda y el ceÃ±o fruncido en concentraciÃ³n.

Las palabras de Mycroft se repetÃ-an dentro de su cabeza una y otra vez, con el tono de "lo hago por tu bien" que Ã©l siempre habÃ-a odiado implÃ-cito en cada sÃ-laba.

â€”Â¿CreÃ-ste que entrenar a un plebeyo para actuar como tÃº serÃ-a suficiente para engaÃ±arme? â€”le habÃ-a preguntado, de pie en el umbral del 221b.

Sherlock se habÃ-a quedado petrificado nada mÃ¡s de verlo, no supo si por el terror o por la mera impresiÃ³n.

â€”Debo admitir que me tardÃ© mÃ¡s de la cuenta en acabar con tu pequeÃ±a aventura, pero ya es hora de que tomes responsabilidad por tus acciones y comiences a comportarte como lo que en realidad eres.

Y asÃ- como asÃ-, su libertad le fue arrebatada.

No habÃ-a caso en resistirse, asÃ- que Sherlock ni siquiera lo intentÃ³. Tampoco se molestÃ³ en volver al departamento para buscar su telÃ©fono; simplemente siguiÃ³ a Mycroft hacia el interior del auto de vidrios polarizados que su hermano utilizaba cuando requerÃ-a salir por sus deberes de rey. A Sherlock el hecho de que el rey sÃ- que pudiese salir del encierro siempre le pareciÃ³ injusto, pero al no tener ni voz ni voto en el asunto, se limitaba a transformar sus quejas en comentarios mordaces que lanzaba de tanto en tanto.

Un corto viaje en automÃ³vil, guardias siguiÃ©ndole de cerca y Mycroft ordenando que no le dejaran salir de su cuarto; tan simple como fatal, haciendo a Sherlock sentirse impotente ante la injusticia que su hermano tan tranquilamente estaba cometiendo. SÃ-, Ã©l se habÃ-a escapado del castillo, pero no habÃ-a ninguna razÃ³n lÃ³gica para su perenne encierro detrÃ¡s de los muros, y estaba seguro de que lo que el rey hacÃ-a con Ã©l tenÃ-a que violar alguna clase de derecho humano moderno.

Por otra parte, estaba lo de John.

Mycroft no habÃ-a mencionado al doctor Watson ni una sola vez desde que irrumpiera en el 221b, asÃ- que o bien estaba guardÃ¡ndose la informaciÃ³n para utilizarla en su favor si Sherlock intentaba escapar otra vez, o tal vez su hermano no era tan omnipresente como querÃ-a hacerle creer.

De ambas opciones, y si era por elegir, Sherlock preferirÃ-a mil veces que Mycroft no estuviera enterado de su relaciÃ³n con John o tan siquiera de su existencia. Odiaba haber sido forzado a dejarle sin saber la verdad, pero preferÃ-a mil veces quedarse encerrado detrÃ¡s de los muros para siempre si eso significaba que John estarÃ-a fuera del alcance del dÃ©spota rey de Diogenia.

Al pasar por un lado de su escritorio, algo sobre Ã©l llamÃ³ su atenciÃ³n. La foto de Irene Adler que Ã©l mismo le habÃ-a regalado a Ben durante su primera visita al castillo estaba encima de los

papeles de identificaciÃ³n que Sherlock dejÃ³ antes de marcharse. De repente, Sherlock se percatÃ³ de la nota discordante en todo aquello: si Ã©l estaba en su habitaciÃ³n, Â¿dÃ³nde rayos estaba Ben?

El sonido de su puerta abriÃ©ndose le hizo olvidar por un momento los fatalistas escenarios que su cerebro pintaba en cuanto a la desapariciÃ³n de su doble.

Sherlock quedÃ³ de pie en medio de la estancia, con los brazos cruzados sobre el pecho y el mejor lenguaje corporal defensivo que era capaz de componer en tan pocos segundos. Si Mycroft entraba por esa puerta a darle un sermÃ³n, se conseguirÃ-a con todo el veneno que sus verdiazules ojos fueran capaces de inyectar. No obstante, no fue Mycroft quiÃ©n cruzÃ³ el umbral.

â€”Â¿Lestrade? â€”preguntÃ³ Sherlock, con el ceÃ±o fruncidoâ€”. Â¿QuÃ© haces aquÃ-?

El hombre de confianza de Mycroft era de rostro honesto y constituciÃ³n fÃ-sica fuerte, estilizada a su manera. Cabello entrecano, un poco mÃ¡s bajo de estatura que Sherlock y algunos aÃ±os mayor que Mycroft, Lestrade era el miembro mÃ¡s joven de una larga lÃ-nea de guardias reales que se remontaba a muchas generaciones en el pasado. Siempre leal a su hermano incluso cuando su rostro reflejaba divergencia entre lo que hacÃ-a y lo que pensaba, su presencia en la habitaciÃ³n de Sherlock no podÃ-a significar otra cosa que la entrega de un mensaje que su cobarde hermano no le darÃ-a por sÃ- mismo. O eso creÃ-a Ã©l.

Lestrade se acercÃ³ a Ã©l y Sherlock conservÃ³ la postura defensiva. No iba a dejar que le vieran quebrarse, bien fuera el lacayo del rey o el rey mismo. Para su sorpresa, Lestrade soltÃ³ un bufido nada mÃ¡s acercarse.

â€”SÃ© que no soy santo de tu devociÃ³n y yo no termino de decidir si tÃº eres santo de la mÃ-a â€”comenzÃ³. Su expresiÃ³n corporal indicaba dudas a pesar de que su gesto era resueltoâ€”, pero vine a arreglar lo que el orgullo de tu hermano mayor estÃ¡ rompiendo â€”continuÃ³, y despuÃ©s bajÃ³ un poco la voz para agregarâ€”: Lo que quiere decir que vine a sacarte de aquÃ-.

Sherlock abriÃ³ los ojos muy grande. Ã‰sta tenÃ-a que ser alguna clase de broma.

â€”Â¿QuÃ© viniste a quÃ©? â€”preguntÃ³ de mala maneraâ€”. No estoy de humor para los juegos mentales de Mycroft.

â€”Esto no es un juego, Sherlock. De verdad vine a sacarte â€”explicÃ³ Lestrade, provocando que Sherlock entornara los ojos en gesto desconfiado. Lestrade puso los ojos en blancoâ€”. Miraâ€¦ SÃ© que no es mi divisiÃ³n eso de meterme en los asuntos de la realeza y por lo general hago lo que el rey me manda sin quejarme, pero esta vez me consta que la cosa se le estÃ¡ yendo de las manos. Mycroft estÃ¡ siendo injusto, no sÃ³lo contigo sino con todos. Es evidente que necesita sacar su cabeza del interior de su propio trasero para poder entenderlo, pero eso no es algo de lo que tÃº tengas que preocuparte de momento. Ahora, Â¿tienes algÃºn lugar en la ciudad donde puedas quedarte que no sea el departamento de Baker Street?

La cabeza de Sherlock daba vueltas con todo aquello. Demasiadas

emociones en un mismo dÃ-a, Â¿tal vez? O quizÃ¡s era la nociÃ³n de que, si incluso Lestrade estaba de su lado en esa batalla, su hermano debÃ-a de estar jodiÃ©ndola mucho peor de lo que Ã©l la habÃ-a jodido escapando de casa.

Se exprimiÃ³ en cerebro en busca de algÃºn lugar al que pudiera llegar en la ciudad y sintiÃ³ un repentino tirÃ³n en el estÃ³mago cuando cierto rostro rubio y apuesto se pasÃ³ por su cabeza con un flashazo.

â€”La casa de John â€”dijo sin pensarlo demasiado.

â€”Â¿La casa de quiÃ©n? â€”preguntÃ³ Lestrade a su vez, y su reacciÃ³n ante el nombre llenÃ³ a Sherlock de cierta tranquilidad que no sabÃ-a que habÃ-a estado buscando.

â€”John. Unâ€¦ amigo que hice â€”se apresurÃ³ a decir Sherlock, ganÃ¡ndose una mirada peculiar por parte de Lestradeâ€”. NÃºmero 5 de Northumberland Street.

â€”EstÃ¡ bien â€”aceptÃ³ Lestradeâ€”, supongo que eso servirÃ¡ por ahora. Â¿Tienes alguna idea de cÃ³mo salir sin que nos vean?

Sherlock alzÃ³ una ceja.

â€”Â¿QuÃ© no se supone que seas _tÃº_ el que me saque a _mÃ-_? â€”preguntÃ³ con sarcasmo.

â€”Y lo voy a hacer â€”asegurÃ³ Lestradeâ€”. Puedo convencer a los guardias de que te estoy escoltando de acÃ¡ para allÃ¡ por Ã³rdenes del rey, pero no tengo ni la mÃ¡s mÃ-nima idea de cÃ³mo hiciste para escaparte la primera vez. Si pudieras ilustrarme serÃ-a genial.

â€”Â¿No saben cÃ³mo salÃ-? â€”preguntÃ³ Sherlock, perplejo. Desde el momento en el que vio a Mycroft en su puerta, pensÃ³ que en algÃºn punto su hermano habÃ-a deducido lo de los tÃºneles secretos.

â€”Â¿Y por quÃ© crees que tardamos tanto en encontrarte? â€”replicÃ³ Lestradeâ€”. EstÃ¡bamos a ciegas y si no llega a ser porque uno de nuestros agentes encubiertos te vio dentro de una clÃ-nica esta maÃ±ana puede que jamÃ¡s hubiÃ©semos dado con tu paradero. Ahora cÃ¡llate y ven conmigo â€”comandÃ³â€”. Se hace tarde.

Salieron de la habitaciÃ³n para encontrarse con un par de guardias reales apostados a cada lado de gran puerta doble. Lestrade se aclarÃ³ la garganta y se acercÃ³ a uno de ellos, que miraba a Sherlock con recelo.

â€”Ejemâ€¦ el rey quiere que escolte al prÃ-ncipe hasta su despacho â€”mintiÃ³, inflando el pecho mientras hablaba para que su insignia de "Mano Derecha del Rey" quedara completamente visibleâ€”. Cosas oficiales, ya saben â€”agregÃ³.

Sin esperar respuesta ni aprobaciÃ³n, Lestrade le hizo un gesto a Sherlock con la cabeza para que le siguiera, y sin mÃ¡s ambos se pusieron en camino fuera del alcance de los guardias.

â€”Ya hice mi parte â€”dijo Lestrade en un susurroâ€”. Ahora te toca

hacer la tuya.

Sherlock se apresurÃ³ a relatar todo acerca de los pasadizos secretos mientras le llevaba a la habitaciÃ³n del castillo que ocultaba la entrada. Cuando la pared falsa se moviÃ³ para darles paso a las escaleras de caracol que bajaban hasta el tÃºnel principal, Lestrade no pudo contener un silbido de apreciaciÃ³n.

â€”Â¿Y dices que los encontraste por casualidad? â€”preguntÃ³ mientras bajaban las escalerasâ€”. Ustedes, Holmes, definitivamente estÃ¡n llenos de sorpresas.

Llegaron al rellano principal, desde donde se podÃ-a ver la ramificaciÃ³n del camino. Tres tÃºneles â€”norte, centro y sur de la ciudadâ€”, que Sherlock sabÃ-a identificar por experiencia pero que para Lestrade debÃ-an parecer exactamente iguales uno del otro.

DespuÃ©s de que Lestrade se quejara en voz alta del hecho de que Sherlock ni siquiera se molestÃ³ en bajar una lÃ¡mpara LED decente durante todos sus aÃ±os de excursiones a la ciudad, Sherlock encendiÃ³ una antorcha y guiÃ³ a Lestrade por el camino que conducÃ-a a la parte norte.

Llevaban recorrida cerca de la mitad del camino cuando Sherlock rompiÃ³ el silencio, voceando la pregunta que rondaba su cabeza desde que Lestrade declarÃ³ que le ayudarÃ-a a escapar.

â€”Â¿Sabes dÃ³nde estÃ¡ Ben? â€”preguntÃ³, sin despegar la vista de la pedregosa oscuridad que era el piso del tÃºnelâ€”. Â¿Mycroft le hizo algo?

Por el rabillo del ojo, Sherlock notÃ³ que Lestrade le daba un rÃ¡pido vistazo antes de volver la vista al frente y soltar un suspiro bajo.

â€”Te habÃ-as tardado â€”comentÃ³, pero no sonaba como una burlaâ€”. Tu hermano estÃ¡ bien â€”respondiÃ³â€”. EstÃ¡ encerrado en otra parte del castillo, pero tiene todas las comodidades. Si Mycroft no cede, buscarÃ© la manera de sacarlo tambiÃ©n.

Sherlock tuvo que repetir las palabras de Lestrade al menos cuatro veces dentro de su cabeza para que Ã©stas cobraran sentido. Se detuvo.

â€”Â¿Hermano? â€”preguntÃ³, girÃ¡ndose para mirar a Lestrade, que tardÃ³ un par de segundos en percatarse de que ya no se estaban moviendo.

Lestrade se girÃ³ hacia Ã©l e incluso en la semioscuridad del tÃºnel Sherlock pudo detectar su gesto divertido.

â€”Â¡Por supuesto! â€”exclamÃ³, mirÃ¡ndole con una sonrisaâ€”. No creerÃ-as que alguien tan igual a ti no estarÃ-a relacionado contigo de alguna forma, Â¿o sÃ-? â€”La expresiÃ³n que Sherlock portaba en ese momento debÃ-a hablar por sÃ- misma, porque el gesto de Lestrade cambiÃ³ de bromista a sorprendido en menos de un segundoâ€”. Obviamente sÃ-â€¦

Sherlock no se podÃ-a creer lo que estaba oyendo. Ben, el mismo Ben

al que se habÃ-a topado por casualidad durante una de sus salidas era en realidad su hermano. Â¡Su hermano, por todos los santos! Â¿CÃ³mo diantres no se habÃ-a dado cuenta antes? O mejor dicho, Â¿es que acaso habÃ-a estado tan inmerso en sÃ- mismo como para detenerse a pensar en que tal vez su parecido con Ben no era una mera broma cÃ³smica?

â€”Ben y tÃº son gemelos â€”confirmÃ³ Lestradeâ€”. Y tambiÃ©n son adoptados. Tu madre y tu padre nunca pudieron concebir y Diogenia necesitaba herederos, asÃ- que decidieron adoptarlos a ti y a tu hermano en secreto.

â€”Â¿Quieres decir a mÃ- y a Ben?

â€”Quiero decir a ti y a Mycroft.

â€”Â¿Mycroft tambiÃ©n es mi hermano?

Lestrade tuvo que contener una risa. Era obvio que no lo hacÃ-a adrede, pero si no hubiera estado tan alucinado, Sherlock posiblemente tambiÃ©n le habrÃ-a encontrado lo divertido.

â€”Lamento romper tus esperanzas â€”dijo con toda la seriedad de la que fue capazâ€”, pero sÃ-. Sus verdaderos padres fallecieron en un accidente y ustedes estaban en un orfanato cuando Lady Margaret los encontrÃ³. Mycroft se negaba a dejar que le separaran de ti, asÃ- que los adoptaron a ambos. TÃº tenÃ-as poco mÃ¡s de un aÃ±o.

â€”Â¿Y Ben?

La expresiÃ³n de Lestrade se ensombreciÃ³ un poco ante la menciÃ³n de su hermano, y Sherlock estuvo a punto de lamentar haber preguntado por temor a lo que estaba a punto de escuchar.

â€”Tus hermanos y tÃº iban en el auto cuando ocurriÃ³ el accidente, y Mycroft quedÃ³ inconsciente por varios dÃ-as despuÃ©s de eso. Ã‰l dice que cuando despertÃ³ sÃ³lo tÃº estabas con Ã©l y nadie supo decirle el paradero de tu gemelo. Tiempo despuÃ©s, descubriÃ³ que a Ben lo enviaron a otro hospital por error y luego se perdiÃ³ en el sistema.

Sherlock sintiÃ³ una punzada en el pecho que nada tenÃ-a que ver con el hecho de haber estado conteniendo la respiraciÃ³n mientras Lestrade hablaba.

â€”Â¿Mycroft lo recuerda? â€”preguntÃ³, siendo la Ãºnica interrogante lÃ³gica que se le ocurriÃ³.

QuerÃ-a saber lo mÃ¡s posible ahora que estaba al tanto de la verdad, pero a la vez, no estaba seguro de querer saberlo todo de una vez. Era un sentimiento extraÃ±o que se obligÃ³ a tragarse por el bien de su cordura.

â€”Â¡Claro que lo recuerda! â€”exclamÃ³ Lestrade, como si fuera lo mÃ¡s obvio del mundoâ€”. Pero nunca quiso decirte nada por temor a que decidieras ir a buscar a tu hermano. Si ya de por sÃ- eras propenso a escaparteâ€¦

â€”Â¿Y Ã©l? â€”preguntÃ³ Sherlock, con la sorpresa por fin asentÃ¡ndose dentro de su pecho para dar paso a una desagradable

desazÃ³nâ€”. Â¿Lo buscÃ³?

â€”No hizo otra cosa desde que se convirtiÃ³ en rey â€”dijo Lestrade con seguridadâ€”. Y lo encontrÃ³. Pero cuando lo hizo, Ben ya era mayor y Mycroft no quiso meterse en su vida despuÃ©s de tanto tiempo.

Sherlock tuvo que apoyar la espalda de la rocosa pared del tÃºnel para no caer. TenÃ-a un hermano gemelo. _Ben_ era su hermano gemelo. Y Mycroft tambiÃ©n era su hermano, pero ninguno era realmente un Holmes. No era de extraÃ±ar que siempre hubiera sentido que no pertenecÃ-a completamente al castillo.

â€”Al menos a Ben sÃ- le tuvo consideraciÃ³n â€”intentÃ³ bromear, cuando hubo recuperado un poco la compostura.

AlzÃ³ el rostro para mirar a Lestrade y este le veÃ-a como si supiera exactamente por lo que estaba pasando. Si no estuviera tan trastornado con todo lo que acababa de escuchar, se preguntarÃ-a seriamente cÃ³mo era que Lestrade conocÃ-a su historia mejor que Ã©l. Tal vez el hombre no era un simple guardaespaldas como todos pensaban â€”Ã©l incluido.

Le puso una mano en el hombro para confortarlo y Sherlock se lo agradeciÃ³ de veras. Aunque nunca lo admitirÃ-a en voz alta.

â€”Vamos â€”dijo Lestrade, girando el cuerpo hacia la parte del tÃºnel que todavÃ-a les quedaba por recorrerâ€”. Vayamos a ver a ese John amigo tuyo.

.

7. ColorÃ-n colorado

Beta-reader: Mundo Crayzer (*3*)

* * *

><p>.<p>

Todo pasa en Diogenia

Maye Malfter

.

* * *

><p>.<p>

ColorÃ-n colorado

Al llegar a la superficie, el revoltijo de sentimientos que saber la verdad le dejÃ³ se habÃ-a evaporado lentamente para convertirse en ansiedad.

Â¿QuÃ© rayos estaba pensando cuando sugiriÃ³ la casa de John como sitio para esconderse de Mycroft mientras Lestrade hacÃ-a su movida?

Por todo lo que sabÃ-a, John podÃ-a simplemente cerrarle la puerta en las narices sin dejarle ni siquiera saludarle. Si todo fallaba, quizÃ¡s pudiera quedarse escondido en los pasadizos hasta que la tormenta pasara.

Lestrade pareciÃ³ intuir su intranquilidad, pues apenas cruzaron la esquina de Northumberland Street, se ofreciÃ³ a ser quien hablara con John. Sherlock se negÃ³ de manera rotunda; John era su problema y rechazado o no, Ã©l serÃ-a quien explicarÃ-a su situaciÃ³n.

Llegaron al nÃºmero 5 y Sherlock tocÃ³ el timbre, que resonÃ³ en medio del silencio como si quisiera despertar incluso a Mycroft en el castillo. Por supuesto, tambiÃ©n habÃ-a que considerar que eran poco mÃ¡s de las dos de la madrugada.

Se escuchÃ³ un jaleo proveniente de dentro de la casa y la voz de John les llegÃ³ a travÃ©s de la puerta cerrada.

â€”Â¿QuiÃ©n es? â€”preguntaba, con un tinte de amenaza implÃ-cito en cada sÃ-laba.

â€”John, soy yo.

â€”Â¿Sherlock?

El sonido de un par de pasadores precediÃ³ el caracterÃ-stico clic de la cerradura al abrirse, y un John en camiseta y pantalones de pijama apareciÃ³ en el umbral. MirÃ³ primero a Sherlock y luego a Lestrade, frunciendo pronunciadamente el ceÃ±o. Era obvio que la presencia de Lestrade no le hacÃ-a nada de gracia.

â€”Â¿QuÃ© significa esto? â€”preguntÃ³, cruzando los brazos sobre el pechoâ€”. Son casi las tres de la madrugada.

â€”Lo sÃ©, lo siento â€”se disculpÃ³ Sherlock, buscando las palabras e intentando que su nerviosismo no se notara demasiadoâ€”. No estarÃ-a aquÃ- si no fuera importante. Necesito de tu ayuda â€”dijo sin rodeosâ€”. Necesito esconderme en tu casa.

El ceÃ±o de John se frunciÃ³ incluso mÃ¡s de lo que ya estaba y a pesar de estar demasiado nervioso como para entretenerse en otras cosas, Sherlock no habÃ-a podido evitar fijarse en lo adorable que se veÃ-a.

â€”Â¿Esconderte? â€”preguntÃ³ Johnâ€”. Â¿Para quÃ© necesitarÃ-as tÃº esconderte?

â€”Es complicado de explicar aquÃ- parados, pero si me dejaras pasarâ€¦

â€”Â¿Tiene algo que ver con eso que prometiste decirme antes de desaparecerte del mapa? â€”le interrumpiÃ³, con un dejo de resentimiento perfectamente diferenciableâ€”. ToquÃ© la puerta durante una hora completa â€”dijo, y Sherlock sintiÃ³ una punzada de culpabilidad en las costillasâ€”, pero tal parece que sÃ³lo soy importante cuando te conviene.

â€”John, yo no-

â€”Le agradecerÃ-a â€”interrumpiÃ³ Lestrade, interponiÃ©ndose entre

Sherlock y John y adoptando su postura mÃ¡s intimidanteâ€” que midiera sus palabras cuando intente dirigirse al prÃ-ncipe de Diogenia.

â€”Â¿PrÃ-ncipe? â€”preguntÃ³ John, confundido, pero algo en su mirada cambiÃ³ cuando el broche en el pecho de Lestrade entrÃ³ en su campo de visiÃ³n. La insignia con el escudo de armas de los Holmes seguida de la frase "Mano Derecha del Rey", lo que lo identificaba como hombre de confianza de Mycroft, brillÃ³ en la oscuridad.

EstupefacciÃ³n, confusiÃ³n y entendimiento, todas bailaron en los azules ojos de John casi al mismo tiempo, y Sherlock deseÃ³ con todas sus fuerzas haber podido evitar que la verdad saliera a relucir de aquella manera tan poco delicada.

Los ojos de John encontraron los de Sherlock y Ã©ste no supo identificar quÃ© clase de sentimiento se dejaba ver en ellos, asÃ-que dejÃ³ de intentarlo. HabÃ-a cosas mÃ¡s importantes en ese momento; ya tendrÃ-a tiempo de lidiar con las consecuencias de sus mentiras.

â€”Lestrade, por favorâ€¦ â€”pidiÃ³, logrando que el mencionado se quitara de en medio a regaÃ±adientes. MirÃ³ al hombre frente a Ã©l componiendo el gesto mÃ¡s honesto que pudo lograrâ€”. John, sÃ© que probablemente que no merezco tu ayuda, pero de verdad _necesito_ saber si puedo quedarme aquÃ-.

John se removiÃ³ en su sitio, balanceÃ¡ndose sobre sus talones. Era claro que estaba ponderando las palabras de Sherlock, decidiendo si ayudarle o desentenderse del asunto y cerrarle la puerta en la cara. Y por un interminable minuto, Sherlock pensÃ³ que eso harÃ-a, peroâ€¦

â€”EstÃ¡ bien â€”dijo John, apartÃ¡ndose de la puerta para dejarle pasarâ€”. Entra ya, que hace frÃ-o.

Sherlock tardÃ³ un momento en procesar que John habÃ-a, de hecho, aceptado ayudarle, y cuando lo hizo tuvo que hacer gala de todo su autocontrol para no ponerse en ridÃ-culo y sonreÃ-r como un idiota. Sin embargo, al estar del lado interior del umbral notÃ³ que algo faltaba.

â€”Â¿No vienes? â€”preguntÃ³ hacia Lestrade, que seguÃ-a de pie en la entrada. Ã‰ste negÃ³ con la cabeza.

â€”Mi trabajo era dejarte en un lugar seguro y acabo de hacerlo â€”explicÃ³, mirando a John de arriba abajo antes de volverse otra vez hacia Sherlockâ€”. Tan pronto tenga noticias, lo sabrÃ¡s. Por ahora no salgas de aquÃ-, Â¿entendido?

Sherlock asintiÃ³ y Lestrade se marchÃ³ a paso rÃ¡pido.

John cerrÃ³ la puerta y echÃ³ el cerrojo, invitÃ¡ndole a pasar con un gesto de la mano. Sherlock le hizo caso sin decir nada y de pronto notÃ³ que aunque sabÃ-a la direcciÃ³n de John, nunca habÃ-a estado realmente en su casa.

El lugar era pequeÃ±o y acogedor, bastante cÃ³modo e iluminado, ideal para una persona o para una pareja que no necesitara de todo el

espacio que en el 221b a veces sobraba. Un salÃ³n con un gran ventanal al fondo, un par de sofÃ¡s, chimenea, una cocina con desayunador de mÃ¡rmol y un corto corredor al fondo que seguramente llevaba a la habitaciÃ³n. Decorado en colores neutros y tan impregnado en el caracterÃ-stico olor de John que Sherlock tuvo que contener un suspiro.

â€”Â¿Quieres un poco de tÃ©? â€”preguntÃ³ John detrÃ¡s de Ã©l, poniendo la teteraâ€”. Te ofrecerÃ-a bizcochos, pero como no sabÃ-a que tendrÃ-a un prÃ-ncipe de visita, no fui a la tienda.

Sherlock contuvo una risa y se girÃ³ para mirar a John, que le observaba desde el otro lado del desayunador con una sonrisa burlona.

â€”Â¿No te parece demasiado pronto para hacer bromas? â€”preguntÃ³, acercÃ¡ndose hasta estar justo frente a Ã©l, con el desayunador como Ãºnico obstÃ¡culo entre los dos.

â€”Nunca es demasiado pronto para las bromas â€”declarÃ³ John, ampliando su sonrisaâ€”. AdemÃ¡s, me la debes.

â€”Tienes razÃ³n en eso â€”convino Sherlock, sin apartar la vista de esos ojos azul marino que tanto le gustaban.

John le miraba con intensidad y Sherlock sintiÃ³ la temperatura del lugar aumentar un par de grados. Era increÃ-ble el poder que tenÃ-a el otro hombre de desarmarlo con algo tan simple como una broma oportuna y una mirada cargada de cosas que Sherlock se morÃ-a por descubrir.

El silbido de la tetera les sacÃ³ a ambos de su pequeÃ±a burbuja; John se girÃ³ para apagar el fuego y preparar el tÃ© y Sherlock se quedÃ³ embobado mirÃ¡ndole moverse con gracia por la diminuta cocina. Si se concentraba, casi podÃ-a imaginarse teniendo esa misma interacciÃ³n sin la presiÃ³n de la verdad sobre sus cabezas. _Casi_.

â€”Entoncesâ€¦ eres un prÃ-ncipe Â¿eh? â€”preguntÃ³ John en tono casual, poniendo una taza de _Earl Grey_ frente a Ã©l y quedÃ¡ndose con la suya.

â€”AsÃ- parece â€”respondiÃ³ Sherlock, sin saber quÃ© otra cosa decir.

John fue a sentarse al salÃ³n y Sherlock le siguiÃ³, llevando su taza con Ã©l. Se sentaron en un sofÃ¡ de dos plazas y tomaron al tÃ© por un par de minutos sin decirse nada. Sherlock se alegrÃ³ internamente al advertir que su tÃ© estaba justo como a Ã©l le gustaba; no cabÃ-an dudas de que el hombre frente a Ã©l le conocÃ-a demasiado bien.

â€”De verdad lo siento, John â€”dijo Sherlock sin mÃ¡s, dejando la taza de tÃ© sobre la mesita frente al sofÃ¡. Necesitaba decirlo antes de acobardarse otra vez.

â€”Lo sÃ© â€”declarÃ³ John con tranquilidad, tomando un poco mÃ¡s de tÃ© antes de dejarlo tambiÃ©nâ€”. Lo supe desde que te vi en mi consultorio.

Sherlock abriÃ³ los ojos como platos.

â€”Â¿Y entonces por quÃ©-?

â€”Â¿Por quÃ© no te lo dije antes? â€”le interrumpiÃ³ Johnâ€”. Estaba enojado â€”declarÃ³, encogiÃ©ndose de hombrosâ€”. QuerÃ-a que sufrieras un poco. Aunque no pensÃ© que te desaparecerÃ-as.

â€”Ah, sÃ-. Esoâ€¦ â€”dijo Sherlock, sintiendo la frustraciÃ³n subir de nuevo por sus venasâ€”. No fue mi intenciÃ³n hacerlo. Mi hermano Mycroft me encontrÃ³ y me obligÃ³ a irme a casa con Ã©l.

â€”Â¿Mycroft Holmes, el rey? â€”preguntÃ³ John en tono genuinamente asombrado, como si apenas en ese momento todo encajara en su sitioâ€”. Supongo que de verdad _eres_ el prÃ-ncipe de Diogenia, Â¿no?

â€”Sigo siendo el mismo â€”aclarÃ³ Sherlock, inclinando la cabeza para buscar los ojos de Johnâ€”. Un tÃ-tulo no cambia lo que soy, ni lo que siento.

John sonriÃ³ ante aquello y Sherlock vio su oportunidad para hacer lo que llevaba mucho tiempo queriendo hacer. BesÃ³ a John con suavidad y Ã©ste no le apartÃ³ ni se resistiÃ³; en menos de nada ambos se aferraban a la ropa del otro como si de un momento a otro el sofÃ¡ fuese a desaparecer para dar paso a un abismo, tan necesitados de contacto que si la situaciÃ³n fuese otra ya estarÃ-an dando tumbos en direcciÃ³n a la habitaciÃ³n de John.

Se separaron de mala gana, jadeando y con ganas de mÃ¡s pero completamente conscientes de que el momento no era el mÃ¡s idÃ³neo para dejarse llevar por sus impulsos. Con un poco de suerte, tendrÃ-an tiempo de sobra en otra ocasiÃ³n, o al menos eso era lo que Sherlock deseaba en el fondo de su corazÃ³n.

Aparentemente, John gozaba de mucha mÃ¡s capacidad de autocontrol que Sherlock, pues Ã©l fue quien puso espacio entre ellos yendo a dejar las tazas en el fregadero. Cuando volviÃ³, Sherlock se dio cuenta de que se habÃ-a echado agua en la cara y en el cuello. _HÃ¡bil._

â€”Â¿Tan siquiera te llamas Sherlock? â€”preguntÃ³ nada mÃ¡s sentarse, y Sherlock le sonriÃ³.

â€”Cualquiera dirÃ-a que un doctor debe saberse el nombre de sus gobernantes â€”se mofÃ³.

â€”Â¡Me sÃ© el nombre del rey! â€”se defendiÃ³ John, falsamente ofendidoâ€”. Y hasta donde sÃ©, el prÃ-ncipe se llama William.

â€”William Sherlock Scott Holmes â€”recitÃ³ Sherlock con solemnidadâ€”. Un nombre bastante largo para un bebÃ©, Â¿no te parece?

â€”Pues yo creo que es lindo â€”dijo John sin mÃ¡sâ€”. O tal vez estoy parcializado.

Ambos prorrumpieron en carcajadas ante la declaraciÃ³n, liberando con

eso cualquier tensiÃ³n que quedara pendiente.

Estuvieron sin hablar por largo rato, que Sherlock aprovechÃ³ para acurrucarse en el pecho de John sin que Ã©ste protestara o se quejara. El tic-tac de un reloj y los sonidos de la noche llenaron el ambiente, pero la vorÃ¡gine de acontecimientos previos hacÃ-an imposible que Sherlock pensara en tan siquiera tomar una siesta. Ni siquiera las caricias de John en su cabello â€”a las que se habÃ-a acostumbrado durante su maravilloso mes en Baker Streetâ€” podÃ-an distraerle de lo que rondaba su mente. QuizÃ¡s fuese buena idea compartirlo con John para al menos ponerlo en palabras.

â€”Soy adoptado â€”soltÃ³ sin avisar, provocando que las caricias en su cabello cesaran por unos instantes antes de que John las reanudara. Sherlock tomÃ³ eso como seÃ±al de que estaba siendo escuchadoâ€”. Y tengo un gemelo del que no supe nada hasta hace poco mÃ¡s de un mes â€”continuÃ³, incapaz de contenerse ahora que habÃ-a comenzadoâ€”. Mi hermano me lo ocultÃ³ por temor a que me escapara del castillo. Imagino que ha de estarse dando de topes contra alguna pared porque igual me fuguÃ© en sus narices.

â€”Â¿CÃ³mo puede ser eso posible? â€”preguntÃ³ John cuando fue evidente que Sherlock no agregarÃ-a nada mÃ¡sâ€”. Â¿CÃ³mo pueden haberte ocultado algo asÃ-?

Sherlock le contÃ³ a John todo acerca de Ben, de como se lo habÃ-a topado de casualidad y como ambos cambiaron de lugar. TambiÃ©n le contÃ³ lo que le dijo Lestrade y su extraÃ±a decisiÃ³n de ayudarlo a escapar del castillo esa noche. John le escuchaba sin preguntar demasiado, acariciando sus rizos con amabilidad y besÃ¡ndole la frente de tanto en tanto. Sherlock no lo decÃ-a, pero hacer el recuento de su loca historia mientras John lo sostenÃ-a entre sus brazos era mucho mÃ¡s agradable de lo que habrÃ-a sido pasar por aquello completamente sÃ³lo.

â€”AsÃ- que, tÃ©cnicamente, tu gemelo tambiÃ©n es prÃ-ncipeâ€¦ o ninguno de los dos lo es â€”razonÃ³ John al final del relato. Sherlock asintiÃ³, sintiÃ©ndose un tanto soÃ±oliento despuÃ©s de descargar todo el contenido de su cerebro por espacio de lo que debÃ-an ser mÃ¡s de un par de horasâ€”. Â¿DÃ³nde dices que estÃ¡ ahora?

â€”En el castillo â€”respondiÃ³ Sherlock, sintiendo una pesadez que ahora habÃ-a aprendido a relacionar al hecho de no tener noticias nuevas de Benâ€”. Lestrade prometiÃ³ sacarlo si Mycroft no sacaba la cabeza de dentro de su trasero.

John contuvo una risa ante la expresiÃ³n.

â€”Â¿Y luego quÃ© planean hacer? â€”preguntÃ³. Su voz se notaba mÃ¡s apagada que antes; probablemente estaba tan cansado como Sherlockâ€”. Digo, Â¿huirÃ¡n de Diogenia? Â¿PedirÃ¡n asilo polÃ-tico en algÃºn otro paÃ-s?

â€”No lo sÃ© â€”declarÃ³ Sherlock, encogiÃ©ndose de hombrosâ€”. Supongo que Lestrade tendrÃ¡ alguna clase de plan. Y si no, siempre podemos improvisar â€”agregÃ³, confiadoâ€”. Soy bueno improvisando.

â€”Eso es cuestionable â€”refutÃ³ John, acomodÃ¡ndose mejor bajo el

peso de Sherlock.

Para ese momento, ambos estaban completamente acostados en el sofÃ¡, que a pesar de ser pequeÃ±o, los acomodaba a los dos sin problema. Sherlock sonriÃ³ y cerrÃ³ los ojos, sintiendo el cuerpo cada vez mÃ¡s relajado. John no podÃ-a estar mucho mÃ¡s despierto que Ã©l, a juzgar por lo lÃ¡nguidas que se habÃ-an vuelto las caricias en su cabello.

â€”Si me voy de Diogenia, Â¿te irÃ-as conmigo? â€”preguntÃ³ Sherlock entre dormido y despierto, al borde de la consciencia.

â€”Sin dudarlo ni un segundo â€”murmurÃ³ John muy bajito, y eso fue lo Ãºltimo que Sherlock escuchÃ³ antes de caer rendido.

No supieron cuÃ¡nto tiempo pasÃ³ desde que se quedaron dormidos, pero el repetitivo sonido del timbre fue lo que los sacÃ³ a ambos de las tierras de Morfeo.

Sherlock se despertÃ³ de un respingo, seguido por John, y ambos se incorporaron en el sofÃ¡ completamente perdidos en tiempo y espacio. Un segundo despuÃ©s, todos los recuerdos de la noche anterior comenzaron a llegar a su cabeza y otro par de segundos mÃ¡s allÃ¡, John encontrÃ³ su camino hasta la puerta de entrada, seguido por Sherlock.

Cuando John abriÃ³, Sherlock tuvo estrujarse los ojos para comprobar que no estaba viendo mal. En el umbral de John e iluminado por lo que no podÃ-a ser sino la luz del alba, estaba Mycroft, ataviado en uno de sus acostumbrados trajes de tres piezas y usando una sobrilla de cuadros escoceses a manera de bastÃ³n. A su lado estaba Lestrade, con ropa distinta a la que Sherlock le habÃ-a visto usar horas atrÃ¡s y con gafas oscuras que le daban un aspecto mÃ¡s atemorizante que si no las llevase puestas.

â€”Buenos dÃ-as, querido hermano â€”saludÃ³, cÃ³mo si aquello fuera cosa de todos los dÃ-asâ€”. Doctor Watson.

Mycroft extendiÃ³ una mano hacia John y Ã©ste la estrechÃ³ sin decir palabra. Lestrade se limitÃ³ a saludarlos con un asentimiento de cabeza. Justo cuando Sherlock estaba a punto de demandar una razÃ³n para la visita, una cabeza de cabellos negros y rizados asomÃ³ por encima del hombro de Mycroft. Un hombre idÃ©ntico a Sherlock se abriÃ³ paso entre Lestrade y Mycroft, aprisionÃ¡ndole en un abrazo antes de poder siquiera procesar lo que ocurrÃ-a.

â€”Â¡Hermanito! â€”exclamÃ³ Ben, apretÃ¡ndole con tanto Ã-mpetu que le levantÃ³ unos centÃ-metros del suelo. Cuando por fin lo soltÃ³, Sherlock estaba un tanto mareadoâ€”. Mycroft me contÃ³ que los tres somos hermanos y que tÃº y yo no somos igualitos por mera casualidad, Â¿no es genial? â€”Ben se girÃ³ hacia John entonces, cambiando completamente el gestoâ€”. TÃº debes ser John â€”dijo extendiendo su mano, que John estrechÃ³â€”. Lestrade me contÃ³ que mi hermano y tÃº sonâ€¦ buenos amigos. Yo soy Benedict Vetham, gemelo de Sherlock y el que te patearÃ¡ el trasero desde aquÃ- hasta Belgravia si no lo tratas cÃ³mo se debe, Â¿entendido?

Ben terminÃ³ su discurso de hermano preocupado y guiÃ±Ã³ un ojo hacia Ã©l de forma pÃ-cara, haciendo que Sherlock se sintiera repentinamente avergonzado. AsÃ- que asÃ- se sentÃ-a eso de tener

hermanos normalesâ€¦

Mycroft se aclarÃ³ la garganta y Ben hizo un gesto infantil, como un niÃ±o al que pillaron haciendo una travesura menor. AbrazÃ³ de nuevo a Sherlock antes de apartarse, quedÃ¡ndose al lado de Lestrade. Mycroft se adelantÃ³ medio paso para recuperar la atenciÃ³n de Sherlock y John, y ambos le miraron, expectantes.

â€”Como Benedict tan alegremente acaba de exponer, los cinco estamos en la misma pÃ¡gina â€”comenzÃ³. Su tono era neutro, pero Sherlock le conocÃ-a lo suficiente como para saber que no venÃ-a con intenciones de encerrarlos a todos, John incluido, dentro de una mazmorra del castilloâ€”. Benedict y William son, obviamente, hermanos gemelos, lo que hace a Benedict prÃ-ncipe de Diogenia. William aquÃ- presente sabe lo que eso significa y la responsabilidad que conlleva; todos aquÃ- tenemos obligaciones con la naciÃ³n y no porque se nos venga en gana podemos pasarnos un mes fuera de casa sin pensar en nada mÃ¡s que en nosotros mismos y-

â€”Ejemâ€¦

Lestrade se aclarÃ³ la garganta de manera sonora, interrumpiendo a Mycroft tan deliberadamente que de no haber estado tan aturdido, Sherlock hasta se habrÃ-a reÃ-do.

â€”SÃ-, lo siento. A lo que iba. â€”Mycroft sacÃ³ un pequeÃ±o sobre de pergamino de uno de los bolsillos de su chaqueta y se lo tendiÃ³ a Johnâ€”. Eso de allÃ- es una invitaciÃ³n a cenar hoy en el castillo â€”anunciÃ³, bajo la atÃ³nita mirada de Johnâ€”. Requiero de la presencia de William para finiquitar algunosâ€¦ asuntos oficiales que han sido traÃ-dos a mi atenciÃ³n y creo no equivocarme al asumir que si usted no nos acompaÃ±a, William no nos honrarÃ¡ con su presencia.

â€”Pero el castillo estÃ¡ prohibido para civiles â€”balbuceÃ³ John, con el sobre sin abrir todavÃ-a apretado entre los dedos.

â€”Y precisamente ese es uno de los asuntos de interÃ©s â€”puntualizÃ³ Mycroft con tranquilidadâ€”. Tal parece que necesitamos algunos _cambios_ en nuestras polÃ-ticas y tradiciones. QuÃ© mejor que comenzar con las mÃ¡s apremiantes, Â¿no le parece?

Mycroft esbozÃ³ una sonrisa cortÃ©s que contrastaba a la perfecciÃ³n con la sonrisa irÃ³nica en el rostro de Lestrade. Ben, por su parte, sonreÃ-a de oreja a oreja con completa sinceridad.

â€”Ahora, si me disculpan, tengo muchas cosas que hacer y poco tiempo para hacerlas. Una boda real no se planea sola.

â€”Â¿Boda? â€”preguntaron Sherlock y John al unÃ-sono.

â€”Mi boda con Irene â€”explicÃ³ Ben, sonriendo aÃºn mÃ¡s si es que eso era posibleâ€”. Nos hemos estado carteando y por fin nos conocimos en una cena hace una semana. Resulta que sÃ- quiere casarse conmigo, aunque yo no sea tan guapo como Sherlock â€”bromeÃ³â€”. Â¡Y lo mejor es que yo tambiÃ©n me quiero casar con ella! A ver cuÃ¡ndo se actualiza Diogenia para que mi hermanito y John tambiÃ©n puedan casarse, Â¿eh Mycroft?

Sherlock sintiÃ³ las orejas enrojecer ante el comentario y por el rabillo del ojo vio que John abrÃ-a los ojos como platos. Lestrade contuvo una risa y Mycroft, que ya se estaba girando para marcharse, ni siquiera se inmutÃ³.

â€”Un paso a la vez, Benedict â€”indicÃ³â€”. Un paso a la vez.

Mycroft marchÃ³ hasta el auto de vidrios polarizados seguido de cerca por Lestrade, quiÃ©n se despidiÃ³ de ellos con un gesto de la mano. Ben, en cambio, abrazÃ³ a Sherlock de nuevo y volviÃ³ a darle la mano a John, antes de salir trotando hacia el auto como si se tratara de alguna clase de competencia.

Sherlock y John se quedaron viÃ©ndoles partir con sendas caras de estupefacciÃ³n, uno sin creerse que todo aquello hubiera pasado en realidad y el otro demasiado pasmado como para darse cuenta de que no habÃ-a movido la mano que apretaba el sobre con la invitaciÃ³n al castillo en por lo menos cinco minutos.

Cuando al fin espabilaron, Sherlock y John rieron tanto que las costillas les dolieron.

Cerraron la puerta del nÃºmero 5 y John les preparÃ³ a ambos un completo desayuno para despertarse. Leyeron la carta de Mycroft en conjunto, y volvieron a reÃ-r, con la Ãºnica diferencia de que esa vez las risas terminaron en besos. Y los besos en algo mÃ¡s.

La cena en el castillo fue sorprendentemente tolerable. La presencia de Ben y John â€”y la reciÃ©n descubierta soltura de Lestradeâ€” hacÃ-an todo el asunto oficial muchÃ-simo mÃ¡s llevadero e incluso el estirado de Mycroft dejÃ³ de lado su estoicismo habitual para unirse a lo que fue, por mucho, la mejor cena familiar desde que los padres de Sherlock no estaban con vida.

ResultÃ³ que los asuntos que Mycroft querÃ-a tratar tenÃ-an que ver con el levantamiento de cierta tradiciÃ³n arcaica que les obligaba a esconderse detrÃ¡s de altas murallas, y Sherlock estuvo cien por ciento convencido de que Lestrade tenÃ-a todo que ver en la idea de su hermano por remover aquello.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo en hacer pÃºblico el cambio de tradiciones a la par con el anuncio de la existencia del prÃ-ncipe Benedict, y si bien Sherlock y John se negaron en redondo a anunciar algo cercano a un compromiso entre ellos, John accediÃ³ a presentarse en pÃºblico como el "compaÃ±ero sentimental" del prÃ-ncipe William III. Al menos hasta que ambos estuvieran listos para llevarlo al siguiente nivel.

Y asÃ-, una nueva era comenzÃ³ en Diogenia, tan prÃ³spera como la primera, pero mucho mÃ¡s feliz para sus gobernantes: Benedict e Irene llenaron el castillo de herederos; Sherlock y John lo llenaron de arrumacos. Y Mycroft y Lestradeâ€¦ tambiÃ©n vivieron felices para siempre.

.

Fin~

End
file.